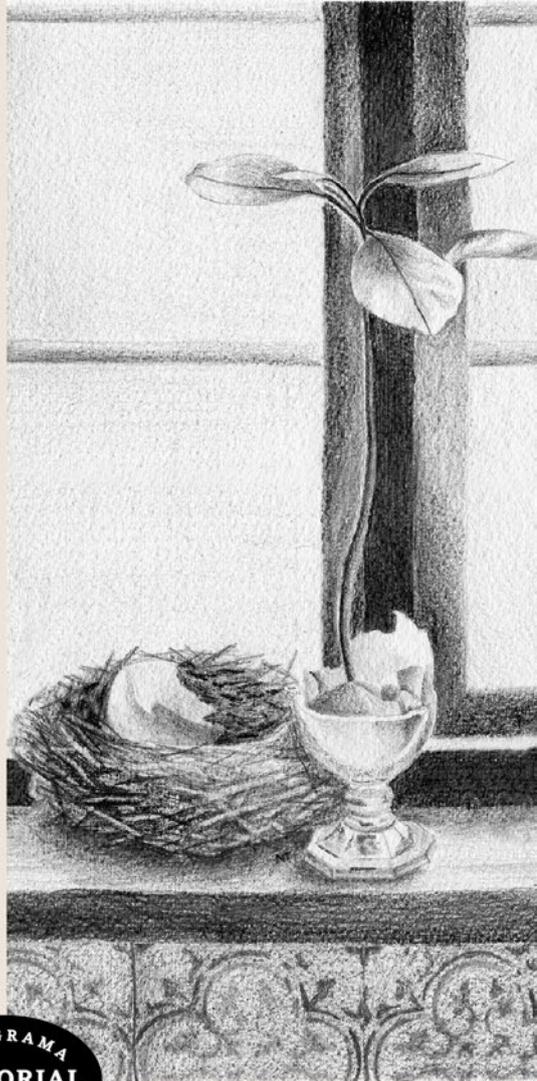


Hueso de aguacate

Morayma Cervantes



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

2023

Hueso de aguacate

Morayma Cervantes



Colección
Soltar las Amarras



Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Luis Fernando Rangel
Alfonso Omar Granillo
Claudia Kareli Reyes Castruita

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

José Santillanes
Programa Editorial

 **@somoscreatura**
Diseño y maquetación

Dibujo de portada: Natalia Tenorio

Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN 978-607-59944-4-4

e

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



En la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

En este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Hueso
de aguacate

Morayma Cervantes

Para Simón y Emma.
Siempre.

I.

Pájaros de bolsillo

En una caja

“Somos relicarios de nuestra gente querida.

Los llevamos dentro, somos su memoria”.

-Rosa Montero

La abuela bajó despacio los dos escalones de la entrada de la casa; su cabello blanco caía lacio sobre sus hombros. Venía sin sonreír, con las mejillas rosadas y la mirada vacía. Casi no la reconocí. Se veía tan frágil, parecía una niña perdida en medio de un parque. Sentí que le faltaba algo. Sin el abuelo lucía aún más pequeña, como si de golpe se hubiera encogido durante la noche. Como si también ella, envuelta por tanta oscuridad, se hubiera empezado a marchitar igual que los geranios en invierno.

Después de tanto llanto, las líneas que marcan la cara de mi abuela se habían vuelto más profundas. Me hicieron pensar en los caminitos que surcan la tierra cuando corre el agua.

—Eso pasa si la lluvia llega con mucha fuerza: golpea el suelo hasta amoldarlo y luego abre brechas que dejan correr los ríos—, me había dicho el abuelo una tarde de esas en que caminábamos hacia la tienda, después de un aguacero.

Seguro que las lágrimas de la abuela habían caído con tanta fuerza sobre su piel, que la habían terminado de agrietar, y por ello hoy lucía irreconocible. La muerte del abuelo lo había arrasado todo, igual que la lluvia hace con el camino, desencajando piedras y dejando nudos de ramas inútiles.

La abuela estaba más lenta que nunca. Iba arrastrando los pies como si no le quedará nada de fuerza. Con una mano sostenía

su bastón y la otra, solitaria, colgaba a su costado. Sus dedos, ahora que no iban entrelazados a la mano morena del abuelo, se veían infinitamente blancos, tan solos que parecían ya no tener propósito.

—Ayuda a tu abuela —dijo mi mamá, dándome un pequeño empujón. Yo le tendí una mano y ella la tomó sin decir (ninguna) palabra, dedicándome una sonrisa fugaz.

Yo no sé por qué, pero mientras caminaba tomado de su mano me acordé de aquel pajarito que una vez encontré tirado debajo del cerezo. Había caído de su nido y piaba sin cesar.

—Anda triste y desesperado, porque no encuentra a su mamá —sentenció mi abuela desde la ventana de la cocina.

El pobre se me había muerto de la tristeza, pues según mi abuela se sentía muy solo en aquella caja en donde lo habíamos metido. Se pasaba el día y la noche con el pico vuelto hacia el cielo en un eterno gesto de auxilio. Se negaba a comer y por más que quise rescatarlo no fue posible. Aunque me deshice en caricias y cuidados, no quiso seguir viviendo.

Me di cuenta de que mi abuela también andaba perdida. De que su casa le iba a quedar infinitamente grande y de que tampoco ella iba a tener en donde acurrucarse. Sentí como si un millón de hormigas fueran subiendo por mi cuerpo, escalando mis piernas y trepando por los huesos de mi espalda, caminando en una espiral negra alrededor de mi cuello, introduciéndose una a una en los huecos de mis orejas. Sus voces puntiagudas me atacaban con preguntas: *¿Y si a ella, al igual que a aquella ave, la consume la tristeza? ¿Y si no soporta el frío de dormir sola una noche tras otra? ¿Y si deja de comer y también ella comienza a morir de poco a poquito?* Apreté su mano con toda la fuerza de la que fui capaz.

No me despegué de su lado ni por un segundo, me quedé todo el tiempo quieto, sin mirarla, pero escuchando atento por si me necesitaba. Su respiración era lenta. Llegué a creer que estaba dormida, pero lo más seguro es que estuviera pensando en el abuelo y en el día en que se conocieron, rememorando los viajes que hicieron a Juárez y todas las canciones que cantaron juntos en sus noches de guitarra. Seguro que estaba tratando de dibujar una vez más la figura del abuelo, su rostro que iluminaba aquellas tardes quietas, las que pasaron sentados debajo de la sombra de la higuera.

Cuando el frío me estaba comenzando a calar por haber pasado tanto tiempo sentado, la abuela, con la voz llena de ternura, acercó su cabeza a la mía y me susurró al oído:

—Ven, vamos para que te despidas de tu abuelo.

No me di cuenta de lo largo que era aquel pasillo hasta que tuve que atravesarlo. Caminar hasta donde estaba el abuelo me pareció una eternidad. Cuando lo vi metido en aquella caja, algo en mí hizo explosión, mi sangre comenzó a correr por las venas como lava, ardía debajo de la piel. Sentí la desesperación de las hormigas, las mismas que tan campantes por la mañana se habían colado dentro de mí, ahora querían huir, escapar de este calor que crecía en mis tripas. Frenéticas trataban de abrirse paso a través de mis costillas, de mi pecho, con sus pequeñas garras fueron rasgando mi carne, hasta que lograron salir a borbotones negros. Me quedé vacío. Las desconsideradas me habían devorado. No sentía ni mi estómago, ni mis pulmones, ni mi corazón. Nada.

El abuelo estaba más quieto que nunca, ya no me miraba con sus ojos del color de la miel, ya no era el hombre alto que me cargaba

en sus hombros de roble. Su cara se veía serena, delgada; su nariz afilada sobresalía; y en los labios ya no relucía aquella sonrisa suya, estaban apretados en una línea recta que yo no acababa de reconocer. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, ya no parecían tan fuertes, sino que me hicieron pensar en lo viejo que debía ser, en lo mucho que debió de trabajar. Sus dedos, ahora que no sostenían las impecables manos de la abuela, parecían débiles, quebradizos.

Otra vez me acordé del pajarito aquel. Aquella mañana en que murió, cerré con cinta la caja de zapatos que le había servido como cuna, cavé un hoyo pequeño en medio de dos árboles, le eché tierra encima. Por recomendación de la abuela, puse una pequeña crucecita hecha con dos ramitas viejas, para marcar el lugar donde había quedado el cuerpecito sin vida. Ella rezó un “Padre nuestro” y un “Ave María”.

—Para que pueda descansar en paz —me explicó, encogiéndose de hombros al tiempo que se santiguaba.

—Abuela, ¿también al abuelo lo van a enterrar debajo de la tierra? Vi la respuesta en sus ojos y en mi garganta comenzó a crecer una enredadera, estrangulándome, robándome el poquito aire que me quedaba. La abuela reconoció mi miedo de inmediato, tal vez porque era el mismo que estaba sintiendo ella; puso sus manos sobre mis hombros, arropándome con su calor, protegiéndome con sus brazos de flor a media tarde. Nos quedamos muy callados mirando la cara del abuelo, contando sus pestañas, recorriendo con la mirada la curva de su mentón, aprendiéndonos la forma de sus orejas; tratando de memorizar el mapa que los años había ido dibujando en su piel. Piel de buganvilla a medio invierno, seca, con las ramitas expuestas, con las espinas puntiagudas.

Estábamos tan quietos y tan juntos, que debíamos de parecer uno solo, no fue hasta que se llevaron al abuelo que volvimos a parpadear. Nuestros pies, torpes, medio trastornados, se fueron siguiendo la caja, envueltos en remolinos de angustia, perseguidos por el eco de otros pasos, de unas voces que iban llorando y clamando el nombre del abuelo.

Vimos la tierra caer sobre el ataúd, palazzo a palazzo lo fueron cubriendo, nos fueron separando, nos lo arrebataron. Y yo ahí, de pie, mudo, inútil. Hubiera querido soltarme del abrazo de la abuela, ir colocando grano a grano con mis propias manos la tierra, para que el hoyo no terminará de llenarse nunca, volver el tiempo eterno para no tener que dejar al abuelo allá abajo, desprotegido, solo y abandonado. No pude. Una montaña de tierra fresca y de coronas de flores lo cubrió, alguien colocó una cruz blanca para diferenciar la tumba del abuelo de todas las demás. Hubiera querido rezar un “Padre Nuestro” y un “Ave María”, pero no sentí la lengua, ni me acordé de las palabras.

— ¿Abuela? —la llamé sin saber qué decir, apretando sus dedos, buscando consuelo en su mirada.

—No te preocupes —dijo con su voz de riachuelo—, tu abuelo va a echar raíces. En la bolsa de la camisa siempre carga unas cuantas semillas, seguro que muy pronto vamos a ver crecer de entre su tumba varias matas de fresa.

La mujer más alta del mundo

La abuela Clementina es una mujer alta, alta, altísima. De esas que deben agacharse para entrar en las casas, de las que se estiran y la punta de los dedos choca contra el techo. Tan alta que nunca ha necesitado ayuda para cambiar un foco, sacar una lata del último estante de la alacena o limpiar las telarañas.

Mi abuela Clem es incluso más alta que el abuelo Pancho. Entre risas dice que el único momento en que el abuelo pudo ser más alto que ella fue el día de su boda, porque el vestido le permitía doblar las rodillas sin verse rara, pero el resto del tiempo la abuela le ha ganado por dos cabezas.

—Lo que tiene de chaparro lo compensa con gracia. Me ganó, porque cuenta los mejores chistes que he escuchado. Si no me hubiera hecho reír, ni siquiera me hubiera dignado a voltear para abajo el día que nos conocimos —dice la abuela Clem, agarrándose la panza mientras suelta una carcajada de periquito.

La abuela siempre ha dicho que ella es la mujer más alta del mundo. Le creo totalmente, porque he realizado una minuciosa investigación y he comparado a todas las mujeres que conocemos con mi abuela Clem. Como no tengo cinta de medir, calculo su estatura fijándome hasta dónde le llegan a la abuela y ninguna ha pasado más allá de sus hombros. Cuando no las puedo poner una junto a la otra, tomo como referencia el marco de la puerta, y no he visto a ninguna que tenga que agachar la cabeza, ni siquiera aquellas que, como mi mamá, usan tacones.

Para no perder la cuenta, en una libreta anoto los nombres y la referencia:

Antonia: prima de la abuela, cabeza al pecho.

Marisela de la tienda: Cabeza al pecho.

Maestra Marisa: un poquito más arriba del hombro.

La pastelera: abajo del pecho. Es la más enana hasta el momento.

Decido dar por concluida la investigación cuando ya no caben más notas, de cualquier forma tengo suficiente material para comparar. A mi abuela le anuncio el resultado de las estadísticas, y ella suelta una de esas carcajadas tuyas que parecen cascada. — ¡Te lo dije, pero es que tú eres una incrédula! —me reclama una vez que puede contener la risa.

La abuela Clem se pone seria y también me confiesa un secreto. En un susurro me dice estar segura de haber sido un árbol en su otra vida. Un pino o un sicomoro, especies del norte, porque también está segura de haber sido nortea en todas sus vidas. Para demostrar su hipótesis, la abuela Clem hace su representación de un árbol.

Se para en el centro del patio con los brazos estirados, para que los pájaros se posen en sus ramas. Mueve la punta de los dedos para simular que el aire la mece. Su cabello de canas brilla bajo el sol. Sus ojos negros parecen nidos de búho.

Como ningún pajarito se posa sobre sus brazos-rama, la acuso de mentirosa.

—Lo que pasa es que las aves te tienen miedo. ¡Eres una malvibrosa! —me reprende con el ceño fruncido—, cuando estoy sola, lavando la ropa o barriendo, llegan y se me paran en los hombros.

—Entonces se me hace que más bien en tu otra vida fuiste un pirata. En navidad te voy a regalar un perico y un parche para el ojo.

De tanto que reímos, a la abuela Clem se le llenan los ojos de lágrimas. Tratando de recuperar el aliento y con las manos apoyadas en las rodillas, me dice que de grande yo debería de ser comediante, porque he heredado el sentido del humor del abuelo Pancho.

Además de ser una mujer grandototota, la abuela Clem era muy ruidosa. De esas que hablan hasta por los codos, de las que están cerca y te hacen sentir menos sola, pues su presencia llena toda la casa. Dice mi abuelo Pancho que su esposa tiene personalidad de gigante, y que cuando ella entra en algún lugar, todos tienen que voltear a verla.

Por ello, cuando la abuela Clem volvió del hospital yo no la reconocí. Parecía un árbol talado, como si le hubieran quitado la mitad de su tamaño. Y luego en los días de enfermedad se fue achicando otro poquito. Acostada en su cama se fue convirtiendo en una pasita. La piel se le marchitó y el silencio se apoderó de ella.

La abuela Clem dejó de ocupar todo el espacio y se quedó atada a la cama. Se volvió tan chiquita, que toda ella cupo en un frascito rojo, pequeñito, pequeñito.

Yo no me podía creer que la mujer más alta del mundo quedará reducida a una montañita de cenizas y nada más. Mi mamá, que siempre ha sido medio adivina, se dio cuenta de lo que yo estaba pensando, y me dijo que el cuerpo de la abuela Clem estaba en esa urna, pero que todo lo que ella había vivido no cabía en mil frascos. Mamá me aseguró que la memoria y las palabras de la abuela se iban a quedar con nosotros.

Y yo, que siempre he tenido alma de coleccionista, según mi abuelo Pancho, comencé a buscar por todos lados la memoria de la abuela Clem. Me dediqué a recopilar pedacitos de su vida, para plasmarlos en un álbum. Con la ayuda de mamá, recolecté un montón de fotos, cartas, notas, pañuelos, pasadores, pedazos de tela y flores secas. Tesoros que la abuela Clem guardaba en sus cajones.

Inauguramos el álbum con su acta de nacimiento y, como no había ninguna foto de ella siendo niña, en las primeras páginas escribimos las anécdotas que la abuela nos solía platicar de su infancia. Luego le pedimos al abuelo que anotara todo lo que ella no nos había contado a nosotros sobre su juventud. Pegamos la única imagen que había de la abuela Clem siendo una joven soltera; lucía más alta de lo que yo la recordaba.

Poquito a poco fuimos llenando las páginas y el pobre álbum quedó tan abultado que era imposible cerrarlo. Más que un libro parecía una maleta, de esas en las que es necesario que una persona se siente arriba mientras otra intenta cerrar el zipper. Y como la mujer más alta del mundo había vivido tanto, tuvimos que empezar un segundo álbum, y después otro, y otro.

Terremoto

Las aves son las primeras en saber cuándo va a ocurrir una catástrofe. Sus sentidos las protegen de temblores, incendios, huracanes y tormentas. Todas esas cosas que pueden significar el fin del mundo y que los humanos no vemos hasta que las tenemos enfrente.

Aunque parecen animalitos descuidados, se pueden dar cuenta de las cosas antes de que sucedan. No me explico cómo, si con esos ojos de semillita pareciera que no alcanzan a ver más allá de su pico. Supongo que lo presienten en las alas, que las plumas se les erizan y son capaces de conocer el futuro por puro instinto.

Los pájaros se revuelven dentro de sus jaulas. Nerviosos, caminan de un lado para otro, se aferran a los barrotes blancos que los aprisionan, como tratando de romperlos. Desesperados, buscan la manera de huir del peligro, alertar a sus dueños sobre la tragedia que se avecina.

Los afortunados que viven en libertad, no tienen que luchar para emprender el vuelo. Abandonan sus nidos sin mirar atrás. Buscan un nuevo refugio lejos de la calamidad e inician sus vidas de nuevo. Al menos eso dice mi abuela, ella cree que los pájaros son seres sorprendentes, criaturas muy inteligentes.

Si los pájaros son tan listos, como ella asegura, no puedo entender por qué no presienten los peligros inmediatos, como cuando un gato los vigila para comérselos o cuando alguien cazarlos con una resortera. Los muy tontos se quedan sobre las ramas dando brinquetes, acicalándose las plumas o acomodando sus nidos. No notan el asecho. Caen sorprendidos, sin saber de dónde ha venido el golpe.

Como son animales pequeños, la mayoría muere rápido. Se quedan petrificados con el piquito abierto y los ojos negros mirando a la nada. Después de varios días, los gusanos se apoderan de sus cuerpos. Se vuelven parte de la cadena alimenticia. Un proceso asqueroso.

Tal vez lo correcto hubiera sido enterrar a los pájaros. Cavar un hoyo y meterlos dentro para evitar ver sus cuerpos pudriéndose, pero estaba tan enojado, que me pareció una venganza perfecta dejarlos tirados en la banqueta. Ya después, con el paso de los días, toparme con sus cadáveres me hacía sentir culpable. Arrepentido.

No creo que yo sea malo, sólo estaba molesto, envidiaba a los pájaros y su don de predecir catástrofes. Quería desquitarme con ellos, porque mi piel de humano no me avisó del dolor que venía. Yo no pude tomar al abuelo de la mano y ayudarlo a escapar lejos de los temblores.

A mí me falló el instinto, porque estaba acostumbrado a las sacudidas de su mano izquierda, creí que eran normales, pero luego el temblor se volvió imparable. Le impedía llevarse la cuchara a la boca, jugar béisbol conmigo o acomodarse el cuello de la camisa.

Poquito a poco, el abuelo fue perdiendo la fuerza. Se movía lento, arrastraba los pies y las palabras, le faltaba el equilibrio y el dolor lo dejaba tumbado en la cama por muchos días. Clavado en el colchón se dedicaba a mirar el techo, ignorando las súplicas de sus hijas y de mi abuela, para que se alimentara.

De tan flaco creí que en cualquier momento iba a desaparecer. En lugar de ello se convirtió en una montaña. Su espalda se dobló bajo el peso de su enfermedad. Tras cada ataque amenazaba con venirse abajo, derrumbarse y aplastarnos.

Acercarme a él me daba miedo. No reconocía su mirada, era como estar ante un desconocido. Cuando visitamos la casa de los abuelos, yo pasaba la mayor parte del tiempo en el jardín o en la cocina, lo más lejos posible de su habitación. Prefería no verlo, fingir que no existía.

Cuando murió, yo sólo podía pensar en el tiempo que desperdicié y todos los abrazos que no me atreví a darle. Me sentía culpable por haberlo abandonado con sus temblores, por haber sido tan cobarde.

Por eso, aquella mañana, al ver a los pájaros, me transformé en un monstruo. Quería que al menos ellos sufrieran como yo, que compartieran mi dolor. Los atacué, y los pobrecitos cayeron al suelo. Se retorcieron de dolor, me miraban con sus ojitos, como implorándome auxilio, sin saber que yo era quien les había hecho daño.

Verlos tirados en la banqueta me hizo sentir fuerte, complacido. Pero luego la vergüenza se apoderó de mí. Tuve muchas pesadillas y me daba un miedo terrible que mi mamá o mi abuela se dieran cuenta de la cosa tan espantosa que había hecho, que se enojarán conmigo a pesar de que estaba arrepentido.

Volví por sus cuerpecitos de plumas grises, y con mucho cuidado los envolví en servilletas y los metí en una caja. Los enterré junto a la lila y les pedí perdón. Hice las paces con los pájaros, ellos no tenían la culpa de mi tristeza, ni de los temblores del abuelo. De todos modos, ni ellos ni yo hubiéramos podido ayudar al abuelo a escapar de su dolor. Algunas cosas son inevitables.

Hueso de aguacate

Imagínate

que tus heridas florecen

y el dolor se vuelve pájaro.

—**Lucía Guadalupe Gómez**

El año pasado, en la clase de ciencias, germinamos un hueso de aguacate. Una parte del grupo lo enterramos en la tierra, mientras que la otra lo puso en agua, para ello tuvieron que perforar el hueso con dos palillos de dientes que les ayudaran a sostener la semilla en el borde de un frasco, a modo que apenas tocara el líquido.

No todos tuvieron la suerte de que su plantita brotara. La mía creció, aunque con trampa, porque se la dejé encargada a mi tita Marichu. Ella puso la maceta junto a la ventana de la cocina para que no le faltara sol, dijo que la luz hace crecer a las plantas, que la raíz se estira para intentar llegar al sol.

Confieso que la tita cuidó de mi planta de una forma que yo jamás hubiera podido, la verdad soy demasiado despistado. En cambio, ella regaba la tierra con infinita paciencia, medía la humedad cada mañana para calcular cuánta agua era necesaria y, al cabo de unas semanas, apareció la primera hojita. A la abuela le brillaban los ojos de emoción al ver ese botoncito verde.

— ¡Nos van a poner un diez! ¡Mira nada más qué chulada!

No se equivocó, yo gané puntos extra en mi calificación de ciencia y una felicitación de la maestra.

Como a mí la planta no me servía para nada, se la regresé a mi tita. Ella le compró una maceta bonita, de un azul jade deslumbrante. Puso la planta de aguacate en la sala, junto al sillón donde el abuelo leía su periódico.

—Para que se hagan compañía.

—¿Qué? —pregunté sin entender a qué se refería.

—El aguacate y tu abuelo. A ver si así ese señor aprende a cuidar de algo más que su nariz —me guiñó un ojo cómplice.

Resultó que el abuelo era un excelente cuidador, y hasta amigo de las plantas se hizo. Bautizó al aguacate con el nombre de “Jacinto”, cosa con la que mi tita no estaba de acuerdo, pues según ella ese era un nombre de pájaro. Desde aquel día, el aguacate quedó completamente bajo su cuidado.

—Son un buen equipo —decía la tía Fabiola, entre risas—. Una trae la planta al mundo y el otro se encarga de criarla.

—¿Cómo crees que fue contigo? —le preguntó el abuelo a la tía, dándole un beso en la frente.

La abuela no paraba de reírse, y desde la cocina gritó que por eso todos sus hijos habían crecido chuecos, por culpa de los malos cuidados del abuelo. Él hizo un movimiento con la mano, como si estuviera espantando una mosca y no se molestó en responder nada.

Al año siguiente, Jacinto no nos dio aguacates, porque todavía era muy joven y le faltaba crecer. A pesar de su corta edad lucía lleno de vida, con unas *hojotas* que le caían como orejas de conejo. Mi abuelo lo cuidaba con esmero, saboréandose la fruta que pronto colgaría de sus ramas.

Regar la planta de aguacate se volvió su ritual, por la mañana antes de leer el periódico y después de desayunar, el abuelo medía la humedad de Jacinto.

—Así nos aseguramos de que no le falte agua, pero también nos cuidamos de no ahogarlo —me repetía cada domingo, cuando lo ayudaba en su tarea.

El único día en que Jacinto pasó sed fue cuando el abuelo murió. Nadie se acordó de darle de beber, porque todos estábamos ocupados despidiéndonos del abuelo.

Alguien, no sé quién, alguna vez me dijo que los muertos se convierten en huesos, que es lo único que queda de ellos después de ser enterrados bajo tierra. Yo no podía dejar de pensar que los huesos del abuelo germinarían igual que el hueso de aguacate. Al visitar su tumba esperaba encontrar el brote de alguna planta.

Ir al panteón los domingos hacía sentir triste a la abuela. Nos veía limpiar la tumba y sonreía a medias, cuando mi mamá cambiaba las margaritas marchitas por un ramo nuevo.

—En nuestra primera cita, tu abuelo llegó con un ramo de margaritas para mí —me decía la abuela, como si fuera la primera vez que me contaba esa historia—. Luego, el día de nuestra boda yo caminé por el pasillo de la iglesia con un ramo de margaritas en la mano. Se convirtió en nuestra flor.

Yo la dejaba contarme la historia, aunque ya la supiera, porque de nuevo, aunque fuera sólo por un segundo, era feliz. Y es que desde la muerte del abuelo, lucía diferente, había perdido las flo-

res y los pájaros, ahora parecía una noche sin estrellas con la falda negra colgándole hasta los talones.

Y aunque los meses pasaban, la abuela seguía llorándole a mi tito igual que el primer día. Sus lágrimas le rodaban por las mejillas, rodaban cuesta abajo, brillando como diamantitos bajo el sol del mediodía. Cristalitos de agua que la tierra bebía en menos de un segundo.

Una tarde me di cuenta del milagro. Una hojita brotó de la tumba del abuelo. Un brote pequeñito, igual al que había nacido en la maceta de aguacate. Sonreí al descubrir que el agua de los ojos de la abuela había sido suficiente para germinar los huesos mi abuelo.

El vacío

Mi tía Ana Lucía siempre había tenido pájaros en su casa. Jaulas con aves de muchos colores y tamaños. Luego le entró el remordimiento. Se sintió mal por tener a esos pobres animalitos encerrados, por obligarlos a vivir en esas casitas pequeñas, como ella solía llamar a las jaulas.

Para aliviar el remordimiento de mi tía Ana Lucía, le propuse dejar a los pájaros libres. *Imposible, porque esos animalitos ya no están acostumbrados a vivir afuera.* Me dijo ella, meneando la cabeza. *No sobrevivirían ni un día, sentenció, lo mejor es cuidarlos bien hasta que se nos vayan.*

¿Hasta que se nos vayan? ¿A dónde se van a ir si no quieres soltarlos? Le pregunté, abriendo los ojos como platos, anonadado por la tontería que acaba de decir. Ella se encogió de hombros y se negó a decirme más nada.

No volvió a comprar más pájaros y poquito a poco fue regalando los que tenía, dijo que no soportaba verlos atrapados, que le hacía sentir mala persona. Sólo conservó un par, los más viejitos de todos: los primeros que llegaron a la casa: Benito y Rufina. Según mi tía, le era imposible separarse de ellos, eran como su familia, los había visto crecer y por ello debía de cuidarlos hasta el fin.

El fin llegó un domingo de enero. Apenas crucé la puerta y me di cuenta del silencio. La casa estaba quieta. No había parloteo,

chiflidos o cantos. El único ruido era el tintineo de los platos que la tía Ana Lucía lavaba en la cocina. Corrí directo a la jaula, pero no había nada, ni rastro de los pájaros. *Ya se fueron*, dijo la tía Ana Lucía sin voltear a verme. ¡Pero no me *despedí de ellos!*, le reproché y hasta yo me sorprendí de mi tristeza. *Mejor así, mejor acuérdate de ellos vivos, brincando en su jaula. ¿Para qué quieres malos recuerdos?* Me preguntó, mientras acomodaba unos vasos que acababa de secar. No supe qué responderle, clavé los ojos en el lugar en donde antes habían estado los pájaros. Yo creo que me veía muy confundido, porque mi mamá me acarició la cabeza, así como cuando me consuela porque algo me da miedo.

De un domingo a otro los pajaritos desaparecieron de nuestra vida y, para mi sorpresa, los extrañaba mucho. Me faltaba su alboroto, el torbellino en que se convertían sus alas cuando estaban felices y volaban de arriba para abajo en la jaula. Lo único que nos quedó de ellos fue un hueco enorme en la pared, una mancha que señalaba el lugar donde antes habían estado colgados.

Me fui acostumbrando a que faltaran los pájaros, a que nadie los mencionara, a pasar por la cocina y no encontrarme con sus ojillos negros. Me olvidé de las preguntas que nadie quiso responderme y dejé que su recuerdo se me perdiera.

Supuse que eso era el vacío. Irte borrando de los recuerdos de los que te conocieron. Desaparecer. Haber estado en un rincón un sábado por la mañana y que el domingo no quede rastro de ti. Nada, ni un ruidito.

Yo pensé que algo tan horrible sólo le podía ocurrir a unos animalitos tan pequeños, porque entre más chiquito, más fácil de olvidar. No me imaginé que así como los pájaros, podía desaparecer una persona; que se me podía desaparecer mi abuelo, porque él sí que ocupaba espacio, con su cuerpo grandote, con su voz de trueno, su risa escandalosa y esa tos que lo sacudía todo cada que se carcajeaba.

Pero un día, después de clases llegamos a su casa y ni él ni la abuela estaban. La tía Ana Lucía nos esperaba en la sala con las piernas cruzadas y un cigarro entre los dedos. Mamá no le dijo nada por estar fumando dentro. Se abrazaron sin sonreír. *Vete a jugar al patio, Matías.* Me ordenó mi tía. ¿Y mis abuelos? Le pregunté en vez de hacerle caso. *Luego te digo,* respondió mi mamá, acariciándome la cabeza, *hazle caso a tu tía, vete a jugar.*

En vez de salir al patio me fui a la recámara de mis abuelos. Necesitaba comprobar que sus cosas siguieran ahí, porque un presentimiento horrible me decía que ellos también se habían ido como los pájaros, pero todo estaba en orden: la cama con el edredón lila, la ropa de la abuela en una mitad del closet y la del abuelo en la otra mitad, los zapatos elegantes de mi abuelo junto al espejo y la cajita con aretes de mi abuela en el centro del peinador.

Salí en silencio al patio, pero hacía demasiado calor como para jugar. Me senté debajo de la sombra del naranjo a esperar que mi mamá me llamara. Cuando estaba a punto de volverme loco, ella apareció. *Tenemos que salir, Matías,* me avisó mamá con la

cara más seria que le he visto jamás. *Okay, sólo agarro mi mochila y listo, le dije mientras me ponía de pie. No, no, no. Tú te vas a quedar aquí, te va a cuidar doña Nena. Ella te va a dar de comer.*

No me atreví a preguntar nada, porque la mirada de mamá me asustó. Acepté quedarme con doña Nena sin oponer resistencia. Comimos en silencio y no hicimos más que ver televisión hasta que llegó mamá. ¿Y mi tía?, fue lo único que se me ocurrió preguntar al verla cruzar la puerta. *Se quedó en el hospital, y sin darme ninguna otra explicación, agradeció a doña Nena por haberme cuidado.*

¿Qué le pasó a mi tía?, me atreví a preguntar una vez que estuvimos solos. *Nada, a tu tía nada, pero se tuvo que quedar a cuidar a tus abuelos.* Después de decir eso, puso cara de arrepentimiento, como si acabara de revelar un secreto. ¿Qué tienen mis abuelos? Dudó por un segundo, antes de hablar. *Nada, no te preocupes. Ándale ve por tu mochila.*

¿Cómo que nada?, insistí sin moverme del sillón. *Es que tu abuelo se sintió un poco malito, pero no es grave. Trae tus cosas para llevarte a la casa.* Me ordenó de nuevo y yo le obedecí a regañadientes porque sabía que si la hacía enojar ya no me iba a querer responder ninguna pregunta.

¿Qué le dolió al abuelo?, pregunté hasta que estuvimos dentro del auto. *Pues... se sintió mal y se desmayó.* Ambos guardamos silencio por un buen rato. ¿Puedo ir a verlo?, le rogué a mi mamá cuando faltaban unas cuantas calles para llegar a la casa. *No, en*

el hospital no dejan entrar niños. Espérate a que se sienta mejor y vuelva a su casa, me aconsejó ella y yo me limité a asentir con la cabeza.

Las semanas que siguieron me la pasé esperando a que mi abuelo saliera del hospital. Tratando de obtener información de mi mamá o de mi tía Ana Lucía, pero cada vez que preguntaba, ellas me decían que yo era muy pequeño para entender, me mandaban a jugar, a ver la tele.

A la abuela nunca le pregunté nada. Me daba miedo la tristeza que se le asomaba por los ojos. Me limitaba a hacerle compañía, a sentarme a su lado en silencio, muy cerquita para que sintiera mi calor, para que supiera que también yo estaba asustado.

Estar así, cerquita de ella, era la única manera de estar con el abuelo, porque ellos dos siempre habían sido como uno solo. Andaban para todos lados juntos, olían a la misma cosa, arrancaban pedacitos de tortilla usando la misma técnica, sus sonrisas eran casi idénticas y no había manera de diferenciar el sonido de sus pasos, ambos arrastraban los zapatos marcando el mismo ritmo.

Yo me preguntaba si allá en el hospital el abuelo también estaba sentado en un sillón, con las manos cruzadas sobre las piernas, luciendo igual de incompleto, como mi abuela por las tardes, cuando no podía visitarlo.

Se ha ido. Me dijeron mis papás una tarde después del colegio. *Tu abuelo se ha ido.* Contuve la respiración. Apreté el aire en mi estómago, tratando de entender sus palabras. ¿Qué?, fue lo único que se me ocurrió decir. *Tu abuelo ya se nos fue, Matías,* repitió mi papá con la voz temblorosa. En ese momento no pude encontrar mi voz y preguntar si el abuelo se había marchado al mismo lugar que los pájaros.

Pero no me despedí, dije por fin, cuando la voz me volvió al cuerpo. *Tu abuelo sabía que lo quieres mucho,* me dijo mamá con las lágrimas a punto de escapar de los ojos. Me le quedé mirando, tratando de adivinar a qué se refería con eso, nada tenía que ver una cosa con la otra.

Pero yo le quiero decir adiós. Insistí. *Quiero verlo.* Papá negó con la cabeza. *Ya se ha ido, no tiene caso.* ¿Qué no tenía caso? *Pero...* Busqué la manera de defenderme, la voz de mamá me interrumpió. *Matías, mi amor, tú todavía eres muy niño para entender estas cosas. No te haría bien despedirte del abuelo.*

No me dejaron decir una sola palabra más. Me obligaron a quedarme en casa bajo el ojo protector de la tía Claudia que me recomendó jugar videojuegos para entretenerme, para no pensar tonterías. Lo único que pude hacer fue quedarme horas y horas mirando el techo, pensando en el abuelo, en las cosas que le hubiera dicho la última vez de haber sabido que no volveríamos a estar juntos.

Tirado en la cama puede sentir cómo se me abría un huequito en el pecho, así como metes el dedo en un hormiguero y la arena se empieza a desmoronar, convirtiendo la rendijita por donde sólo cabían las hormigas en un abujero negro, gigante a los ojos de los animalitos que lo habían construido.

Justo así me sentía, como una pobre hormiga que ve su casa derrumbada y no sabe ni para dónde correr, no sabe cómo salvarse de la arena que se le viene encima y la aplasta.

Los únicos que no veían el desastre eran mis papás y mi tía Ana Lucía, que en los últimos días nos visitaba más de la cuenta. Me trataban como si nada, me preguntaban por la escuela y por mis amigos, como si yo tuviera otra cosa en la mente además del abuelo. Prefería evitarlos. Fingía tener mucha tarea, un proyecto de historia difícilísimo. Aunque, la verdad, yo no sabía nada de lo que estaba pasando en la escuela.

Desde que el abuelo se había ido, pasábamos la mayor parte del tiempo en la casa de mi abuela. Ni mi mamá, ni mi tía Ana Lucía querían dejarla sola, y ella se negaba a salir de su casa, pero estar ahí me hacía sentir raro, como incompleto.

Lo peor de todo era el miedo que sentía sólo con pensar que mi abuelo podía desaparecer por completo, así como los pájaros que se habían marchado sin dejar rastro alguno.

Como antídoto para curarme el miedo, yo recorría la casa inspeccionando cada rincón, vigilaba que las fotos de la boda de los abuelos siguieran sobre el mueble verde de la sala, que no faltaran sus corbatas, la navaja de afeitar, las novelas de crimen en la repisa junto a su cama; que el sillón donde el abuelo veía los partidos de béisbol no hubiera desaparecido, dejando una mancha en la alfombra, un hueco horrible imposible de llenar con nada.

En una de mis tantas revisiones, la abuela me atrapó adentro de su habitación. Al verme sentado en el lado de la cama que pertenecía a mi abuelo, me sonrió. Se acomodó al lado mío y me tomó de la mano. *Yo también lo extraño*, me dijo y apretó mis dedos entre los suyos. Lo único que pude hacer fue asentir con la cabeza.

Nos quedamos un buen rato en silencio con las manos entrelazadas, hasta que por fin me atreví a preguntar. ¿A dónde se fue el abuelo? Ella suspiró y juntó las cejas en esa expresión que ponía cuando trataba de recordar una receta. *Pues yo creo que se fue al cielo. ¿Al cielo?* La miré por primera vez. *Sí, pero no me pidas que te explique, porque la mera verdad no sé bien cómo funciona. Yo sólo sé que tu abuelo fue bueno en vida y por eso debió de haberse ido derechito al cielo.* Asentí y, cuando el silencio no pesaba tanto, le hice otra pregunta: *¿Y nos puede ver?* La abuela se encogió de hombros: *Yo esperó que sí.* Apoyé mi cabeza en el brazo de la abuela. ¿Crees que esté enojado, porque no me despedí de él? Me atreví a preguntar por fin. *No, claro que no*, me aseguró ella sin dudar. Él nunca se enojaría contigo, menos por una cosa así.

Me da miedo que se me borre de la mente... que se nos olvide a todos. La abuela sonrió un poquito. Eso no va a pasar, las personas que hemos querido no se nos escapan tan fácil del corazón, ni de la memoria. Me acarició detrás de la oreja con sus dedos flaquitos.

Oye Matías, cuando extrañes a tu abuelo puedes venir aquí, a su cuarto, para que platiques con él. Te prometo que funciona. Me sonrió con una mueca cómplice, nos dimos un abrazo fuerte, y el vacío que yo llevaba en el estómago se sintió menos hondo.

Pájaros de bolsillo

Despierto, porque el teléfono de mamá suena muchas veces y, a mitad de la noche, el ruido que hace se parece mucho al de una tormenta. Hay un segundo de silencio antes de que mamá responda: *bueno, ¿quién habla?* Su voz suena rasposa y tose un par de veces, creo que para aclarar la garganta y para recuperar el sonido natural de su voz.

¡¿*Qué?*! Grita. ¡¿*Qué dice?*! Vuelve a repetir.

Contengo la respiración, porque su voz en grito me asusta. Abro los ojos muy grandes, pero no alcanzo a distinguir nada, a mi alrededor sólo hay sombras. Desde el calor de mis cobijas imagino la cara de preocupación de mi mamá, trato de adivinar qué es lo que le han dicho en la llamada.

Cierro de nuevo los ojos para concentrarme en el ruido que me llega, para no perderme ningún detalle.

—¿Estás segura? —Pregunta papá.

—No sé, me han pedido... —Mamá llora, no puede terminar la oración.

¿*Qué le han pedido?* ¿*Quién le ha pedido algo?*, pero mamá no puede frenar su llanto, los sollozos se desbordan de su garganta.

No me muevo para que no se me escape el calor de las cobijas, lo suave de la tela contra mi piel me hace sentir segura, protegida, pero a pesar de esa sensación, algo me jala a salir de mi cama.

El ruido de afuera me invita a pararme, a abandonar mi refugio.

Escucho que mamá y papá se ponen de pie. Uno de los dos revuelve el armario, seguramente mamá. El otro enciende la luz de la cocina y se sirve agua. Al saber que la casa ha dejado de estar a oscuras, me animo a pararme de la cama.

Empujo las cobijas a un lado y tiemblo un poco, hace un frío insoportable. Dudo unos minutos antes de bajar mis pies al suelo. De un brinco me pongo en pie y corro descalza a buscar el interruptor. La luz me deja ciega, parpadeo y por unos segundos no puedo ver más que patitas de araña. Cuando al fin recupero la vista, busco mis pantuflas, la punta de mis dedos empieza a sentirse congelada.

Salgo de la habitación caminando casi de puntitas, algo dentro de mí se revuelve. Imagino mis tripas convertidas en una serpiente, una víbora gigante que se retuerce y de tantas vueltas termina convertida en un nudo.

Me alegra que quien esté en la cocina sea papá. Espera parado junto a la estufa a que el agua para el café se caliente. Le sonrío, pero no me ve. Sus ojos están clavados en el piso, los brazos cruzados frente al pecho. Nunca lo había visto tan silencioso.

—¿Papá?

—Ivanna, mi amor, ¿qué haces despierta?

—¿Qué está pasando? —Pregunto, ignorando lo que me ha dicho.

Papá abre los labios, pero ninguna palabra sale de ellos. Apaga

la estufa y luego estira uno de sus brazos en mi dirección, me ofrece su mano para que la tome. Yo avanzo unos cuantos pasos y entrelazo mis dedos con los suyos. Papá me jala y me atrapa en un abrazo.

Él se agacha para quedar a mi altura, nuestras cabezas quedan muy juntas y yo puedo escuchar todo el ruido que hacen sus pensamientos. Me aprieta muy fuerte y yo puedo saber que algo anda mal.

—¿Qué pasa? —Le vuelvo a preguntar, mi voz es apenas un susurro.

—Ivanna... —No puede decir más que mi nombre, suspira.

—¿Qué?

—Ivanna, mi amor, ocurrió un accidente.

—¿Un accidente? —Le pregunto a papá, para ganar tiempo antes de que me dé las malas noticias.

—Sí.

—¿A quién?

Papá pasa la lengua por los labios y clava sus ojos en los míos, su mirada me duele.

—Tus abuelitos.

—¿Mis abuelitos?

—Tu abuela Nenei y tu abuelo Eve. —No puede seguir mirándome, y se esconde otra vez en un abrazo.

Dejo que el silencio se me meta en los huesos. No digo ni hago nada. No tengo fuerza para regresarle el abrazo a papá. Escucho a mi mamá que llora en otra habitación y quisiera que el mundo se acabara ahí mismo, para no tener que verla triste.

Tenemos que esperar lo que a mí me parece una eternidad, para que nos dejen despedirnos de los abuelos. Antes yo había estado en funerales. Había visto otros muertos en sus cajas, pero esos muertos no me habían dado tanto miedo como el que me dan mis abuelos. Me da terror cerrar los ojos y perderlos de vista, separarme de ellos, porque yo sé que en cualquier momento van a llegar los empleados de la funeraria y nos van a decir que es el momento. Van a cerrar las cajas y se las van a llevar a la iglesia, y después de eso al panteón.

Tengo miedo de que el tiempo pase, porque yo sé que tarde o temprano me van a separar de mis abuelos. A ellos los van a enterrar debajo de la tierra, y a mí me van a llevar de vuelta a mi casa. Lejos de ellos. Tengo mucho miedo, porque yo sé que es inevitable. He estado en muchos funerales y todos terminan igual.

Quisiera que los abuelos fueran más pequeños. Como un par de pajaritos, para poder guardarlos en mi bolsillo. Dos pájaros de bolsillo que me puedan acompañar a todas partes, pero no; el abuelo y la abuela son enormes y van a dejar un hueco gigante en mi vida.

El momento que temo llega. Los trabajadores del panteón meten los féretros de los abuelos en el hoyo que han cavado, uno encima del otro. Les arrojamos flores antes de que comiencen a rellenar la tumba.

No puedo soportarlo y les grito que paren.

Mamá me abraza. Puedo ver que ella siente lo mismo que yo. Se quita del cuello una cadenita y me la entrega, *para que los tengas cerca, mi amor. Es un relicario, mira.* Abre el relicario y dentro hay una fotito de mis abuelos, los dos sonríen. Mi mamá me pone la joya en el cuello. *Así los vas a poder tener cerquita del corazón siempre.* Asiento con la cabeza y otra vez los trabajadores del panteón vuelven a su tarea. Aprieto el relicario en mi puño para aferrarme a los abuelos.

¿Qué vamos a hacer con los zapatos?

Cuando mi mamá me anunció que al abuelo lo iban a poner en un ataúd, que no es otra cosa más que una caja gigante, me entró un miedo terrible, mi panza se convirtió en un barco dando vueltas en el ojo de un huracán. No me atreví a decirles a todos que estaban a punto de cometer una locura.

¡Meter al abuelo en una caja!

¿No se daban cuenta de que era un error? ¿Una traición? ¿Acaso no recordaban que después de hacer el súper él sacaba todo lo que viniera guardado en cartón: cereal, galletas, los cubitos de pollo, las pasta de dientes? Decía que las cajas no hacían más que estorbar, apretarse unas contra otras dentro de la alacena, ocupando un espacio innecesario.

¡Y ahora querían dejar al abuelo en una caja!

A él que había sacado todos los zapatos de sus empaques, alegando que necesitaban luz y aire para no perder la forma.

—¿Has notado como que los zapatos se aplastan cuando los metes ahí? —señaló los cartones vacíos, al tiempo que guardaba un par de mocasines nuevos.

—No. Casi nunca me fijo en los zapatos, abue.

—Se les borra la figura del pie. ¡Luego por eso nos salen callos! Tu abuela dice que se gastan más rápido así, afuera de la caja, ¡quesque el sol se los come! ¿Puedes creerlo? Yo no le digo nada

para no pelear, pero mira, yo estoy bien seguro que la única razón por la que se gastan es por el número de pasos que doy con ellos, por el contacto con la tierra. Si los zapatos se agujerean de las suelas y a esas nunca les da el sol. ¿A poco no?

Yo sólo me reí, no le dije al abuelo que a mí los tenis siempre se me rompen de arriba, se les hace un agujerito ahí donde va el dedo gordo.

¿Y él? ¿Cómo iba a mantener el color moreno de la piel si no le daba ni un rayito de sol? ¿Cómo iba a conservar el pecho lleno de fuerza dentro de una caja?, ¿acaso se iba a desinflar igual que un balón de fútbol que se queda guardado por mucho tiempo dentro del armario? ¿De verdad querían hacerle eso al abuelo?

Y ponerlo ahí no fue lo peor. Después de eso lo sepultaron, que no es otra cosa que enterrarlo debajo de la tierra. Cavaron un hoyo tan profundo, que supuse que si plantaba una semilla ahí junto a él, la pobre no iba a poder encontrar el camino hacia la luz.

¿Y ahí pretendían dejar al abuelo, rodeado de nada más que oscuridad y tierra? ¿Cómo se suponía que podría escuchar los pájaros cantar desde ahí?

Nadie se daba cuenta que eso era un castigo, porque mi abuelo era un hombre de pájaros. Él se levantaba temprano todos los días, preparaba café y se sentaba a escuchar a sus vecinos cantar. Según él, al amanecer era cuando las aves estaban de mejor humor, a esa hora sus trinos no se podían comparar con nada; pero en este panteón no hay un solo árbol.

Donde sepultaron al abuelo quedó una montañita de tierra fresca. Escuché decir al señor del panteón que apenas se asentara podíamos poner una lápida.

—¿Qué es una lápida?

—Esto —con el pie, mi papá señaló un cuadro de cemento que estaba al lado de la tumba de mi abuelo.

—¿Y para qué es eso?

—Mmm... —papá se rascó la barba como hacía cuando no sabía una respuesta.

—Para poner el nombre del abuelo y que sea más fácil encontrarlo cuando lo visitemos —respondió mamá, que siempre lo sabe todo.

—Pero no lo necesitamos, ¿o sí? —le pregunté a papá con los ojos llenos de miedo— ¿Se nos puede perder alguien después de muerto? Los muertos no se mueven, ¿o sí?

—No. Ya no —dijo él, y se encogió de hombros como para disculparse por no saber nada.

Mamá y yo nos quedamos en casa al día siguiente. Yo falté a la escuela y ella al trabajo, para estar con la abuela y que se sintiera menos sola en su primer día de viuda, que no es otra cosa que una mujer a la que se le ha muerto el marido. Mamá dijo que debíamos ayudarla a hacer todas las cosas difíciles, como poner en orden las pertenencias de mi abuelo, cocinar y pasar las horas del día.

Los zapatos de mi abue estaban en el closet, debajo de las camisas, formados en una fila perfecta, iguales a un grupo de hormigas caminando en hilera. Los pobres lucían vacíos, desamparados, ahora que estaban lejos de los pies que durante tanto tiempo les habían dado forma. Quise medirme algún par, pero

me dio vergüenza explicarle a la abuela que sólo quería ponerme los para ayudarles a mantener el recuerdo de un pie dentro.

Sin que ella se diera cuenta, metí un par en mi mochila, porque ella había comenzado a empacar todas las cosas del abuelo en cajas de cartón y bolsas de plástico. Mamá me explicó que iban a regalar unas cuantas y que las otras las guardarían. Aquello era absurdo. ¿No les bastaba con meter al abuelo en una caja? ¿Ahora querían hacer lo mismo con todo lo que alguna vez le había pertenecido?

Aquella noche tuve pesadillas. Soñé que el abuelo abría los ojos e intentaba escapar de su ataúd. Usaba toda la fuerza de la que era capaz para empujar la tapa, pero le era imposible. No podía moverla ni un solo centímetro, porque la tierra que cubría su tumba era más fuerte que él. De nada le servía su esfuerzo. El pobrecito se quedaba como uno de los muñecos de colección de mi primo Josías: atrapado en una caja sellada.

Mamá me despertó estrujándome. Cuando abrí los ojos, ella me arrojó entre sus brazos.

—¡El abuelo! ¡El abuelo! ¡Pobrecito del abuelo! ¡Necesitamos ayudarlo, mamá!

—Tranquilo, mi amor.

—Es que el abuelo está...

—Estás soñando Martín, sólo fue una pesadilla, tranquilo.

—¡No, mamá! ¡Yo sé que al abuelo no le gusta estar en esa caja! Tenemos que ayudarlo a salir.

Ella me apretó tan fuerte, que por un momento pensé que me

haría explotar como a un globo. Sentí sus lágrimas caer sobre mi frente y por mis ojos también se colaron algunas gotitas. Nos quedamos mucho rato abrazados, con el agua corriendo en medio de los dos.

—Amor, no tienes por qué preocuparte. El abuelo ya no puede sentir —la voz de mi mamá temblaba y en mi oreja su corazón palpitaba como loco—. Su cuerpo está vacío.

—¿Vacío?

—Sí. Lo que está en la caja es solo su cuerpo. Todo lo que hacía ser a tu abuelo se ha ido. Ya no puede sentir dolor o miedo.

—¿Entonces tampoco puede pensar?

—¿La verdad?

Dije que sí con la cabeza, porque las palabras se me quedaron atoradas en la garganta.

—No sé. Lo único que sé es que su memoria vive en nosotros. Recordarlo es una manera de mantenerlo aquí.

—Tengo miedo de que el abuelo se enoje porque lo pusimos en una caja y guardamos todas sus cosas. Mamá, a él no le gustaba poner sus zapatos en cajas.

Al día siguiente a mamá se le ocurrió una forma de honrar la memoria del abuelo. En el jardín cavamos varios hoyos, en cada uno de ellos pusimos un zapato del abuelo junto con un puñado de semillas. Mamá dijo que al crecer las raíces de los árboles se entrelazarían con los zapatos, llenando el hueco que el abuelo había dejado en ellos. Así, en lugar de echarse a perder guardados en el fondo del armario, sin servirle a nadie, formarían parte de una nueva vida.

Mejores amigos

La amistad entre mi tito y la paloma comenzó con un asalto. Una tarde él tomaba café y leía un libro, sentado en la mecedora del jardín. Estaba tan entretenido entre las páginas de su novela, que no se dio cuenta cuando la paloma descendió desde la copa de un árbol. Dando brinquitos sobre sus patitas de estrella, se movió lo más lento que pudo hasta llegar a su objetivo, picoteó el pan con rapidez, tragando sin masticar los trocitos que iba arrancando.

Yo, que estaba del otro lado del jardín, trataba de aguantar la risa para no alertar a mi abuelo. Me convertí en un cómplice silencioso de la paloma, porque quería saber hasta dónde llegaba la fechoría. Por poco, la muy tragona, lograba comerse la mitad del pan. Mi tito se dio cuenta de que le estaban robando, hasta que estiró la mano en busca de su comida. Asustada, la ladrona salió revoloteando de la mesa.

—¿Pero qué es esto?! —Gritó mi abuelo, sorprendido.

Me tuve que tapar la boca para que no escuchara mi risa y me regañara por no haberle avisado.

Al principio mi tito se enojó muchísimo. Se levantó de su mecedora dispuesto a apedrear al ave, le gritaba que era una ratera, una cochina ladrona, una mugrosa; pero como él siempre ha sido muy buena persona, terminó por perdonar a la paloma y la dejó comer lo que quedaba del pan.

—¡Mira nada más, me dejaste sin qué comer! —Regañaba mi tito

a la paloma, al tiempo que le aventaba pedacitos de comida.—¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Tú piensas que yo voy a ir a la tienda con este calorón? ¡No, claro que no! Ahora me voy a tener que quedar con el antojo —le decía mi tito a la ladrona, y ésta sólo la veía con sus ojillos de botoncito negro.

La paloma devoraba con gusto los pedacitos de pan que el abuelo le iba lanzando, y él, entre divertido y decepcionado, la seguía regañando por sus malos modales. Cuando el ave se terminó la dona, le echó una última mirada a mi tito y se fue volando. Quién sabe cómo haría para poder elevarse en el aire después de todo lo que había comido.

Los siguientes días la paloma siguió visitando al abuelo. Se aparecía en el jardín sólo hasta que mi tito estaba sentado en la mecedora con su libro en las manos. Se quedaba parada a los pies de él, casi convertida en una estatuilla, lo observaba cambiar las páginas de la novela, esperando paciente por un poco de alimento. Al darse cuenta que mi tito no tenía nada para ofrecerle, se iba volando a su nido. Siempre volvía al día siguiente, dispuesta a repetir su búsqueda.

Cuando mi abuelo leía, se fugaba por completo de la realidad, por ello tardó muchísimo en darse cuenta de que la paloma sólo se dejaba ver a la hora en que él salía a tomar el fresco de la tarde. Emocionado, comenzó a acarrearle cosas a su visita: fruta, dulces, sobras de la comida, semillas, pan.

Resultó que las donas eran la comida favorita de la paloma, así que mi abuelo preparaba una taza gigante de café y llevaba dos donas al jardín: una para él y otra para la paloma. A mi tita no le gustaba para nada la nueva amistad de su esposo, decía que era una cochinateda, que lo único que iba a lograr era que más de esas ratas con alas se instalaran en la casa. Mi abue sólo se reía y le decía que no era para tanto, que una palomita no le hacía daño a nadie.

—¡Ahora sí que la fregamos! —decía mi abuela levantando las manos al aire— Tu abuelo me cambia por un pájaro y además le compra pan. ¡Bonita tontería! —Me decía la abuela. Yo solo me reía sin saber que contestarle—. ¡Con semejante viejo loco me vine a casar! —Se quejaba y se iba lejos del patio, a donde no pudiera ver las tonterías del abuelo.

La paloma terminó por hacer su nido en el patio de la casa de mis abuelos, cerca de la mecedora, en una esquinita desde la que alcanzaba a vigilar la puerta a la perfección. Desde su rincón esperaba a mi tito y, cuando éste tardaba más de lo normal en salir, ella se paraba junto a la ventana de la cocina para buscarlo. Inspeccionaba el interior de la casa con sus ojitos curiosos. Al encontrar al abuelo se ponía feliz, movía las alas, como saludándolo.

Cuando mi tito se enfermó, la pobrecita paloma pasaba horas y horas esperándolo en el marco de la ventana. Se acurrucaba entre los barrotes de la reja y montaba una guardia incansable. Mi abue, conmovida por tanta lealtad de la paloma, le daba de comer. Estaba tan agradecida con ella por lo mucho que quería

al abuelo, que la bautizó con el nombre de Constanza. Decía que una paloma tan singular no podía andar por la vida sin un nombre que la diferenciara del resto.

—Hoy amaneció muy malito, Constanza —le advertía mi abuela a la paloma, mientras desmoronaba una galleta salada—. No creo que se pueda levantar, mucho menos salir. Mejor vete para tu nido y mañana lo visitas.

Cons se comía lo que mi abuela le ofrecía, pero ignoraba su advertencia. Volvía a su puesto en la ventana a esperar a que mi tito se dignara a aparecer. Se quedaba ahí hasta que el sol se empezaba a ocultar y no le quedaba más opción que irse a dormir.

En los días buenos, mi abuelo podía salir al jardín, leer su libro y platicar con Constanza. Contentos disfrutaban de los momentos que podían pasar juntos.

—¿Tú te hubieras imaginado esto? —Me preguntaba el abuelo, señalando a Cons y luego a sí mismo— A ver, dime, ¿te hubieras imaginado a tu abuelo de amigo de una paloma?

Yo negaba con la cabeza. Para ser sincero, nunca me hubiera imaginado que las palomas pudieran ser amigas de nadie. Las veía como criaturas extrañas, e incluso me daban un poquito de miedo, porque su mirada siempre me había parecido maliciosa.

Pero Constanza parecía ser diferente, ella de verdad quería a mi tito. Eran tan unidos, que después de la muerte de mi abuelo fue imposible sacarla del hueco de la ventana. Creo que no se quería mover de ahí, porque en el fondo tenía la esperanza de verlo de nuevo a través del cristal.

Más que un ave parecía una gárgola condenada a un muro. Era evidente que estaba triste. Sus ojitos negros ya no brillaban y se empezó a poner flaquísima. Cons se negaba a probar bocado, aunque mi abuela le suplicara e intentara por todos los medios hacerla entrar en razón. Poco le faltó a mi tita para abrirle el pico a la paloma y meterle la comida a la fuerza. No hubo poder humano que la convenciera de comer, aunque fuera un pedacito de pan.

Se puso tan débil, que a los poquitos días ella también murió. Una mañana la encontramos petrificada en el marco de la ventana. Decidimos enterrarla en el jardín, cerca de donde tenía su nido. Al fin de cuentas, el patio de los abuelos ya se había convertido en su casa.

—La pobrecita se murió de la tristeza —me dijo la abuela, mientras nos despedíamos de Cons—. Se atirició porque extrañaba a tu abuelo.

Las palabras de mi abuela me dieron mucho miedo. Decidí que a partir de ese momento no iba a extrañar al abuelo, no quería atiriciarme igual que Cons. Yo no deseaba estar tan triste que me fuera imposible jugar, moverme de mi cama o comer. No quería amanecer muerto, como le había pasado a Constanza.

Traté de olvidar al abuelo. Guardé en el fondo del clóset las cosas que me había regalado, intenté hacer lo mismo con su recuerdo, dejarlo abandonado en algún rincón de mi mente, hasta que se me perdiera. Al pasar por la sala evitaba ver su fotografía, para

que fuera más fácil borrarlo de mi memoria. También dejé de mencionar su nombre y, si alguien más lo hacía, yo me marchaba a otra habitación y fingía estar ocupado, jugando.

Pero dejar de extrañar al abuelo era muy difícil, sentía que estaba traicionando su cariño. La culpa me llenaba el estómago con una sensación extraña. Tenía la impresión que dentro de mí estaba creciendo algo, como cuando descuidas el jardín de tu casa por muchos meses y éste se llena de hierba.

Creí que se trataba de un castigo o de un maleficio por haber intentado olvidar a mi tito. Y la verdad, no sabía si era peor la posibilidad de atiriciarme, como le había ocurrido a Cons, o esta sensación de que un montón de hierba mala crecía sin control dentro mí. Por las noches, no hacía más que dar vueltas en la cama tratando de descubrir la forma de detener aquello. Lo único que conseguía era despertarme cansadísimo, con unas ojeras que parecían un par de puñetazos.

No sé cómo, pero mamá se dio cuenta de lo que estaba pasando. Entró en mi habitación y se sentó junto a mí en la cama.

—¿Qué tienes, mi amor? Te noto raro.

—¿Mamá? —Dudé si preguntarle o no.

Ella guardó silencio, pero me tomó de la mano. Me mordí el labio y respiré hondo. Me tragué la vergüenza que me daba parecer un tonto y le hice mi pregunta.

—¿Me puede pasar lo mismo que le pasó a Cons?

—¿A la paloma? ¿Que si te puede pasar qué?

—¿Me puedo atiriciar igual que ella y morirme, porque extraño al abuelo?

Mamá negó con la cabeza y apretó mis dedos entre los suyos con mucha fuerza. No dije nada mientras ella buscaba la forma de responderme.

—No. Los humanos somos diferentes a los animales. Yo creo que más bien lo que pasó es que Cons estaba muy viejita, y como duró muchos días sin comer, se puso débil.

Como me seguía apretando la mano muy fuerte, supuse que quería decirme algo más. Esperé sin voltear a verla. Después de un rato, que a mí me pareció una eternidad, por fin despegó los labios.

—Lo que sí sé es que cuando guardamos nuestros sentimientos, nos podemos enfermar.

—¿Cómo?

—Por ejemplo, si finges no estar triste o te aguantas las ganas de llorar, va a haber un momento en que te vas a empezar a sentir mal, y te pueden pasar cosas como el insomnio.

Con uno de sus dedos acarició la media luna morada que se había formado debajo de mis ojos.

—No te va a pasar lo mismo que a Cons, cariño. Está bien si te sientes triste, es normal.

No pude evitar llorar, me refugié en los brazos de mamá y dejé que las lágrimas fluyeran. Su consejo me hacía estar tranquilo. Ella, como excelente jardinera que era, arrancó toda la hierba que había estado creciendo dentro de mí. Otra vez podía respirar y extrañar al abuelo, con la seguridad de que todo iba a estar bien.

Mar negro

La primera vez que fui al mar había marea alta, lo que significa que no puedes entrar al agua, aunque te mueras de ganas, sin importar que hayas viajado horas y horas en carretera, con tu hermano al lado gritando como un loco, aunque tengas puesto un traje de baño nuevo y un montón de bloqueador contra agua. No puedes y punto, porque el mar está bravo y, según los lancheros, cuando anda de ese humor le da por comer gente.

—Gente que luego escupe en alguna orilla, porque así es el mar: canijo —dijo el hombre de camisa amarilla que ataba la soga de su lancha a un punto seguro—. En días así, es mejor irse a caminar al malecón, ahí se come muy bien —luego de echarnos una mirada a Mauricio y a mí, añadió—, o a la alberca del hotel, si les da miedo caminar entre tanta gente.

Lo peor de todo fue que el mar siguió bravo los tres días que nos duraron las vacaciones. No pudimos acercarnos al agua por nada del mundo. Regresamos a casa y la única agua que habíamos tocado fue la de la alberca, pero la verdad, al ver aquellas olas inmensas, que amenazaban con tragarnos si nos acercábamos lo suficiente, a mí me daba un miedo terrible ahogarme.

Volvimos a casa rojos como camarones y cargados con un montón de llaveros. Mis abuelos se rieron a carcajadas de nuestra desgracia y nos consolaron, prometiendo otras vacaciones pronto.

—No te preocupes, mi cielo, que tú eres del desierto y aquí nadie se ahoga —me dijo mi abue en secreto, cuando le hablé del miedo que me había provocado el mar.

Lo que ella no sabía es que una se puede ahogar sin necesidad de estar en el agua.

A mí me fallaron los pulmones el día de su funeral. Por más que jalaba aire, no lograba respirar. Entre tanta tela negra meciéndose de un lado a otro, me sentía como zarandeada por las olas del mar. Un mar negro, igualito al que yo había visto en mis vacaciones. En lugar de agua, lo que se movía eran los pies de la gente que recorría la habitación en busca de mi mamá y mis tías, para darles el pésame. Con toda esa gente rodeándome me sentía como en el ojo de una tormenta. A punto de ser arrastrada por un torbellino.

Cuando yo era más pequeña, había tomado clases de natación, y la maestra siempre decía que el mejor remedio cuando una se estaba ahogando era quedarse quieta. Relajar los músculos y no pelear contra el agua, dejar que el cuerpo se rescatara a sí mismo y empezará a flotar. Puse el consejo de mi maestra a prueba.

Me aferré al brazo del sillón, sin levantar la vista en ningún momento, concentrada en el vaivén de pasos para no toparme con la mirada de nadie, para no sonreír con una mueca falsa, mientras alguna señora me acariciaba el cachete, diciéndome lo grande que me había puesto, lo mucho que me parecía a mi abu.

A la hora de ir a la iglesia, mamá me guio. Nos subimos al auto en silencio, ni ella ni papá pronunciaron palabra, ni siquiera Mauricio, que no sabe estar callado, se atrevió a despegar los labios. Papá cargó a mi hermano y mamá me tomó de la mano

para conducirme hasta nuestros lugares en la primera hilera de bancas de madera. Yo la seguí sin hacer preguntas, dejándome arrastrar por ella.

Una vez en mi lugar, me quedé muy quieta, sin pelear, sin patallar, como en los domingos de piscina en que me quedaba con el cuerpo estático en la superficie del agua, igual a una hoja que por accidente cae dentro de la alberca. Mamá, igual que hacía en aquellas tardes, cuando me sacaba del agua envuelta en una toalla, me abrazó, protegiéndome con su piel tibia.

No supe cuántas cosas dijo el padre, ni cuánto duró la misa. Yo sólo podía contemplar el féretro donde la abuela descansaba. Tanta quietud me reconfortó un poquito, pero aun así sentía el cuerpo lleno de peces. Imaginé que así debe sentirse cuando te traga el mar y, luego de unos cuantos giros entre las olas, te escupe de nuevo a la orilla. Se debe sentir la misma maraña en la garganta, la misma desesperación al no lograr que el aire entre en el cuerpo, el mismo dolor en los ojos, el mismo zumbido en los oídos que impide entender todo lo que pasa alrededor.

Mamá me apretaba la mano de vez en cuando. Tal vez ella presentía que los pensamientos en mi cabeza me estaban ahogando, y trataba de rescatarme usando su mano salvavidas.

Cuando la misa terminó, los hombres de la familia cargaron el ataúd de mi abu por el pasillo hasta llegar a la carroza. Todos nos fuimos detrás de ese auto que llevaba a mi abuela, formados como hormigas. Hormigas lentas y cansadas caminando bajo el sol, con el único propósito de llegar al hormiguero.

Así avanzamos nosotros, hasta llegar al panteón, hasta quedar frente a un hueco de tierra donde la única que cabía era la abuela. Bajo el calor de un sol que casi se ocultaba, la despedimos. Con paladas lentas, los muchachos del panteón iban rellenando su tumba. De sólo verles el esfuerzo en la cara, supe que esa tierra era pesadísima.

Me dio miedo ver cómo los montoncitos de tierra iban cubriendo el ataúd de la abuela. Conforme aquel hueco se iba llenando, yo me vaciaba de oxígeno. Me aferraba a los dedos de mamá, para no sentirme sola, para que el miedo no me ganara, y me hundiera como si de verdad me estuviera ahogando.

Cuando casi la mitad de la tierra estaba de vuelta en el hueco, mamá se agachó hasta quedar a mi altura. Me dio un beso en el cabello y yo le sonreí sin apartar la vista de los hombres con las palas; pero ella me obligó a mirarla, tomando mi cara entre sus manos.

—A veces no podemos hacer más que llorar, mi amor —dijo, y me apretó en un abrazo. También la abracé y nada más estar entre sus brazos comencé a llorar.

Me di cuenta de que aquello que no me dejaba respirar no era otra cosa que toda el agua tenía dentro. Parecía que en mis ojos yo había estado guardando el mismísimo mar.

Para que esa marea que quería arrastrarme bajara lo único que tenía que hacer era llorar y llorar. Me quedé abrazada a mamá, dejando que la corriente fluyera, mojando con mis lágrimas la tierra del nuevo hogar de mi abu.

Un barco pequeñito

*En una caja navega,
impasible capitán de un barco abandonado.
La tierra quedó atrás,
también nosotros.*

—**Aurora Bernardez**

Pescar es la cosa más aburrida del planeta. Te debes montar en un barquito, con tu caña y anzuelos; sombrero, ropa cómoda y la cara embarrada de bloqueador. Eliges un punto en el lago y ya está. Te quedas ahí. Horas y horas, y más horas bajo el sol, probando suerte. Bien callada, casi sin respirar para que los peces no se asusten. Esperando que alguno sea tan tonto como para no darse cuenta de que la comida que le ofreces es una trampa.

Debes permanecer petrificada, con los dedos bien aferrados a la caña, para que ésta no se te resbale y vaya a dar al fondo del lago. Es algo así como jugar a los congelados. Y la única manera de acabar con la partida es que un pez se digne a salvarte, toque el anzuelo con su boquita y te descongele.

Según mi abuelo, ir de pesca es un ejercicio de paciencia, la mejor forma de forjar el carácter. Yo más bien creo que es una tortura. Pero él ama pescar, y a mí me encanta estar a su lado. Por ello, el primer domingo de cada mes, lo acompaño a la laguna. Salimos muy temprano de casa, con los ojos todavía lagañosos y, antes que el sol ilumine las copas de los árboles, tomamos la carretera vieja.

En el camino bebemos café y el abuelo me cuenta historias de cuando era novio de la abuela, de los viajes que hizo al lado de su padre y de todos los campeonatos de pesca en los que ha participado. Reímos y cantamos. Hacemos todo el ruido posible antes de llegar a nuestro destino. El abuelo dice que tanto escándalo es un ritual de purificación, para que no se nos antoje romper la calma una vez que estemos en el agua.

En el bote nos sentamos codo a codo, nos sonreímos de vez en cuando, vemos las ondas que se dibujan en la superficie del lago, escuchamos a los pájaros cantar, mientras esperamos que los peces “piquen”. Cuando alguno se prende de nuestro anzuelo, el hilo de la caña vibra igual a una serpiente danzando. El abuelo enreda el carrete con la velocidad de un relámpago, y de la profundidad del lago emerge un pez de escamas brillantes y ojos saltones.

Asustado, el animal se retuerce, trata de liberarse de la trampa para volver a la seguridad del agua. Con manos firmes, el abuelo toma a la criatura, acaricia su lomo helado para tranquilizarlo. Desprende el ganchito de su boca y lo guarda en una hielera. Coloca otro anzuelo en la caña y la lanza de nuevo al agua.

Congelados como estatuas de marfil, vemos al sol abrirse paso en el cielo hasta estar encima de nuestras cabezas. Cuando el calor se vuelve insoportable, recogemos nuestro botín y regresamos a casa. Comemos caldo de pescado y esperamos a que inicie un nuevo mes, para repetir nuestra expedición.

Pero este domingo no me puedo sentar al lado del abuelo. Lo han metido en una caja de madera, donde sólo hay espacio para él. Una caja café que parece un barco pequeñito. Un barquito sin remos ni vela donde el abuelo va acostado. Le han puesto una camisa azul que lo hace parecer una estatua de hielo, pero hoy no hay pez que lo descongele.

Parece que va a emprender un viaje muy lejano, porque todos nuestros conocidos están aquí. Hacen una fila frente a su barquito para despedirse de él. La abuela llora. Papá está triste en una esquina. Camila y mi mamá se abrazan; con los ojos llenos de tristeza, escuchan las anécdotas que los amigos del abuelo narran.

Entre cuatro hombres cargan el barquito del abuelo. Lo lanzan cuesta abajo, y olas de tierra cubren su embarcación. Nadie se mueve de su lugar. Somos como los personajes de una película de marineros. Nos quedamos viendo el horizonte en la orilla de un muelle, pero, a diferencia de las películas a blanco y negro que le gusta ver a Camila, nadie lleva pañuelos para limpiarse las lágrimas o agitar en lo alto del cielo, diciendo adiós.

El abuelo va desarmado. No lleva su caña, sus botas de hule ni mapa para orientarse. Tampoco me dejaron ponerle su gorro de marinero, *debemos conservar algo de él para que nos ayude a recordarlo*, dijeron, y me arrebataron el gorro, lo guardaron en lo alto de un armario. ¡Se va a enojar!, ¡el abuelo se va a enojar, *por llevar la cabeza descubierta!*, les reclamé, pero me ignoraron.

Lo enviaron tierra adentro. Un capitán desarmado que no carga más que con su quietud. Muero de miedo al pensar que pueda naufragar, perderse para siempre entre piedras y arena. Sin que nadie me vea, le arrojé la brújula que me regaló. No me importa quedarme sin objetos que me lo recuerden, no me hacen falta. Lo único que necesito es saber que mi abuelo va a llegar a su destino.

Su barco se sumerge en la tierra fresca y se me pierde de vista. Agito la mano para despedirme de él. Lo contempló partir, con los ojos llenos de lágrimas le deseo suerte a donde quiera que vaya.

II.

El miedo es un tiburón

Margot

Nunca me gustaron las muñecas, pero ella era especial. Mi abuela la había traído desde Alemania, envuelta en una tela de seda rosa, como regalo por mi cumpleaños. Al descubrir su carita de porcelana, quedé encantada, a pesar de sus ojos verdes que me daban tanta envidia, porque los míos son cafés.

Margot estaba preciosa, con su vestido rojo y unos rizos negros que le caían sobre los hombros. Llevaba puestos unos zapatitos relucientes y coquetos; en la coronilla de la cabeza un moño con detalles dorados, pero lo más hermoso de todo eran sus aretes, unos diamantes con forma de lágrima que proyectaban un arcoíris cuando la luz del sol los tocaba. Era la personificación de la elegancia.

Decidí que era necesario presumirla. Al día siguiente la llevé a la escuela, para que mis amigas pudieran admirarla y se enamoraran de su piel blanquísima, de sus mejillas color durazno y de sus pestañas largas y rizadas. Todas quedaron fascinadas, menos Jimena. Ella siempre ha sido una envidiosa de lo peor. Se negó a reconocer que Margot era perfecta.

—Yo que tú, la tiraba a la basura —me dijo Jimena, retándome con su mirada de vaca boba.

—¿Por qué haría algo así? ¡Ni que estuviera loca! —gritó Mariana, mi mejor amiga.

—¿No sabes? Es una muñeca maldita.

—¡Claro que no! Lo que pasa es que te da envidia.

—A mí no me da envidia nada —se defendió, jugando con un mechón de su cabello—. Te estoy diciendo lo que sé. El otro día lo vi en el periódico, mi papá me enseñó la noticia. Los alemanes se están deshaciendo de todas las muñecas, porque están malditas. Las regalan o las venden a los que van de viaje a su país. ¿De dónde la sacó tu abuela?

—De una tienda de antigüedades —le respondí a regañadientes.

—Ves. Era usada. Seguramente era de otra niña que la llevó a la tienda de antigüedades, porque descubrió que está maldita.

—¿Y qué hacen las muñecas malditas? —preguntó Noemí, que siempre ha sido la más mensa de todas, la única que se traga los cuentos de Jimena.

Jimena sonrió con esa mueca suya que siempre me ha caído mal, torciendo la boca hacia el lado izquierdo, parando el pico.

—Se comen los dedos —dijo Jimena, triunfal.

—¡¿Qué...?! —gritó Noemí con su voz ronca, llevándose las manos a la cabeza.

—Sí. Se comen los dedos de los niños. Cuando están dormidos, las muñecas se suben a la cama y se comen sus dedos.

—¡Claro que no! —dijimos Mariana y yo al mismo tiempo, nos volteamos a ver sonriendo. Jimena nos fulminó con la mirada, siempre ha odiado que nosotras dos seamos mejores amigas.

—Si eso fuera verdad, ya habría salido en las noticias o en el *Facebook*.

—No, porque era un reportaje secreto —se defendió Jimena.

—No te creemos nada —le dije yo—. Ninguna de nosotras te cree nada.

Tomé a Margot y me fui para mi banca. Todas me imitaron y regresaron a sus lugares.

A la hora de la salida, Noemí se acercó a mí. Se me quedó viendo, sin atreverse a decir nada, hasta que le pregunté si necesitaba algo.

—En la noche la guardas en el clóset.

—¿Qué?

—A Margot, en la noche la guardas en el clóset. Por si las dudas —se encogió de hombros y me dijo adiós, con un movimiento de mano.

—¡No te creas todo lo que Jimena dice! —le alcancé a gritar, cuando ya iba saliendo del salón.—¡No dejes que te asuste con sus mentiras!

Por la noche, ya arropada y con Margot al lado, sentí un poco de miedo, pero sólo un poquito. Recordé la súplica de Noemí y el corazón me brincó en el pecho, como un conejo loco atrapado en sus madriguera. Pensé en levantarme y poner a Margot dentro del clóset, muy pero muy al fondo, cerrar la puerta y atorarla con la silla de mi escritorio.

Ojalá lo hubiera hecho.

Gertrudis, la gata médium

—Gertrudis es una gata especial —dice Evangelina, guiñando un ojo, haciendo tintinear la cuchara mientras revuelve su café. El aroma invade la habitación, la boca se me hace agua. Daría mi alma a cambio de poder beber una taza, sentarme a la mesa y conversar con ellas.

—¿Ah sí?—Estefi alza las cejas con ese gesto suyo que tanto me gusta. —Pues no parece. Yo la veo muy normal, medio gorda.

Desde el borde de la escalera, Gertrudis maúlla como protestando. Las tres reímos. Evangelina da un zape a su nieta y teatralmente se cruza de brazos, fingiéndose indignada.

—No digas esas cosas de mi Gertrudis.

—Bueno, bueno, dime por qué es especial.

La anciana hace una seña con los dedos para que Estefi se acerque. Ella se inclina sobre su desayuno, con la oreja atenta, esperando las palabras de su abuela. Yo también quiero conocer el secreto. Llena de curiosidad, me paro justo detrás de Evangelina, me muerdo el labio y contengo la respiración, para que el aire caliente que sale de mi boca no le moleste en la nuca.

La verdad sobre la gata nos es revelada en un susurro:

—Gertrudis es médium.

—¿¡Médium?!—Grita Estefi, sorprendida.

¿¡Médium?! Pregunto yo, intrigada.

—¡Sssssssshhhht! No grites, nadie debe saber de la gata médium.

—¿Pero cómo que es médium?

—Puede ver muertos, fantasmas.

¡No te creo! ¡Qué ridículo! ¡Qué tontería! Doy una vuelta a la mesa para quedar frente a ellas. ¡Me quieres ver la cara! ¡Estás jugando conmigo! ¡Qué broma de pésimo gusto! Le grito a Evangelina, quien me ignora rotundamente. Mis palabras se pierden en el aire, igual que las motitas que flotan entre los rayos de luz que entran por la ventana.

—Sí sé lo que es una médium, abuela —responde Estefi, indignada porque Evangelina la cree ignorante. —Pero... no te creo. Sólo quieres asustarme.

—¡Claro que no! Yo sólo te cuento para que empieces a respetar más a Gertrudis.

Concuerdo con Estefi, no puedo creer ese cuento de la gata médium. Aunque... nada pierdo con intentar comprobarlo. A fin de cuentas, no tengo otra cosa mejor que hacer y, siendo sincera, sus servicios me vendrían bastante bien.

Pongo manos a la obra: sigo los pasos de la gata, la persigo por todos los rincones y también me siento a su lado a tomar el sol. La vigilo, esperando por si quiere iniciar alguna sesión espiritista. No ocurre nada. Gertrudis resulta ser muy floja, pasa horas y horas durmiendo. El resto del tiempo lo dedica a comer, a maullar melosa, exigiendo caricias; a lamerse las patas y a posarse en la ventana exhibiendo su carita atolondrada.

Sospecho que Gertrudis está acostumbrada a mi presencia. Las dos hemos estado en esta casa por tanto tiempo, que para ella

debe ser natural verme, caminar a mi lado sin prestarme atención. Tal vez ni se le ha pasado por la cabeza que yo pudiera necesitar de su magia. Tampoco yo sé cómo pedirle ayuda, contratar sus servicios de clarividente, ¿acaso hay un ritual secreto para invocar su poder? ¿Debo concretar una cita? ¿Con qué se le paga a una gata médium?

Intento ganarme su favor. Primero trato de negociar con ella, le digo: *Oye, Gertrudis, ¿qué quieres a cambio de una sesión? ¿Cuántos ratones me cuesta contratarte?* No hay respuesta. Después trato de convencerla por medio de la adulación: *Gertrudis, ¡Oh, gran médium de la casa verde! ¡Oh, gran gata mística! Dígnate a usar tu don conmigo.* Nada, sigue rehusándose. Finalmente, muy a mi pesar, le ruego: *Gertrudis, demuéstrame que eres médium, por favor, por favor, por favor. Por lo que más quieras. Te lo suplico, usa tu talento conmigo. Ayúdame Gertrudis.* Tampoco hay resultado.

Como último recurso, le acarreo insectos, ratones y pájaros, cualquier cosa que se pueda llevar al hocico; los busco por todos los rincones de la casa y los llevé hasta sus patas. Ella los acepta complacida, pero no me ofrece ninguna recompensa. Los come y ni siquiera me lanza una mirada de agradecimiento. ¿Así que ésta es la gata médium? ¡Un verdadero fraude! ¡Una estafa y nada más! Es imposible que Gertrudis pueda hacer cualquier otra cosa que lamerse los bigotes.

Estoy a punto de rendirme con este asunto de la gata. Sin embargo, he decidido ofrecerle una última oportunidad. Creo necesario ser un poco más intrépida, darle a Gertrudis un pequeño em-

pujoncito para que comience a actuar. Muerta de risa, la tomo por la cola, le doy un tirón. Gertrudis despierta medio loca, con los pelos erizados. Gruñe histérica, buscando a quien atacar. Hace mucho que no me divertía tanto. Quiero seguir jugando, la tomo por la panza, justo ahí donde deben estar las tripas. La gata da un brinco. Sale de la habitación furiosa, enseñando los dientes, con la nariz dilatada.

Molestar a Gertrudis se convierte en mi nuevo pasatiempo. La hago rabiar tocando sus bigotes, haciendo sonar el cascabel que le cuelga del cuello y moviendo su plato de comida a la hora de la cena. Lo más divertido es asustarla por las noches, no dejarla dormir, correr detrás de ella subiendo y bajando las escaleras. La pobrecilla va de habitación en habitación, gruñendo, con los pelos parados y los ojos brillándole en la oscuridad, tratando de evitar mi presencia.

Pero también esto me cansa. Hacer enojar a Gertrudis ya no resulta tan gratificante como al principio. Termino por rendirme, dejo de perseguirla. Ya no tiene caso seguir intentando, seguir martirizando a la pobre gata. De todos modos ¿de qué me serviría una médium, si ella tampoco puede hablar con los humanos? ¿Para qué quiero el favor de una gata clarividente, si no puede comunicarme con el mundo de los vivos? Cuánto quisiera decirle a Estefi que su abuela es una mentirosa, pero me resigno a seguir atrapada en el silencio. Hago una tregua con Gertrudis. Las dos pasamos las tardes observando por la ventana.

Lombrices

—Ven, siéntate, cariño.

Tadeo traga saliva, asustado por la sonrisa falsa de su mamá. Se le pone la piel de gallina al darse cuenta de que algo está a punto de explotar. Un presentimiento le da golpecitos en la cabeza, igual que a un pollito que intenta abrir la cáscara de su huevo. Como no queriendo, se lleva la mano a la nuca para comprobar que su cráneo no se ha cuarteado.

Su papá, sentado frente a él, también sonríe, aunque en sus pupilas lleva algo así como dos pájaros muertos. Tadeo lo mira y siente miedo, deja de respirar y bajo la mesa retuerce sus dedos.

—Amo-r —su papá habla, pero se le quiebra la voz. Carraspea y Tadeo fija la vista en la semilla de aguacate atorada en su garganta, la ve saltar cuando él traga saliva.

—Tenemos que decirte algo —dice su mamá, con su voz de hielo. Tadeo no responde, se entierra una uña en la parte blanda del dedo pulgar.

—Tu papá y yo nos vamos a divorciar.

Las palabras de su mamá suenan a derrumbe, a piedras rodando cuesta abajo. Quiere levantarse, correr para evitar ser aplastado, pero le es imposible moverse.

—¿Tadeo?

—Bueno —responde, sin saber qué debería decir.

—Escúchame bien, Tadeo. Que tu mamá y yo nos separemos, no significa que no te queramos. Es sólo que...

—Es sólo que no queremos ser esposos, preferimos ser amigos.

Como un par de tenazas de cangrejo, las uñas de Tadeo se aferran al borde de la piel que rodea la uña y una gotita de sangre resbala por su dedo.

—Pero tú no tienes que preocuparte por nada, campeón —agrega su papá para romper el silencio. En su rostro aparece una mueca que intenta ser cálida, pero lo hace ver ridículo.

—¿Quieres preguntarnos algo?

Se encoge de hombros, fingiendo indiferencia, pero es incapaz de formular alguna pregunta, porque las palabras en su cabeza se han convertido en caballos desbocados. Galopan en su pensamiento tratando de llegar a una meta invisible, y él no puede domarlos. Frustrado, aprieta los labios.

Saca las manos de debajo de la mesa y, sin saber por qué, toma una manzana. La muerde. La piel roja de la fruta explota bajo el filo de sus dientes. Traga sin masticar. Siente el trocito de manzana caer en el fondo de su estómago, igual a una piedra que es lanzada a un pozo profundo.

Tadeo grita, suelta la manzana, desesperado trata de limpiar su lengua.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —pregunta su mamá, confundida.

—¡La manzana! —llora Tadeo.

Su mamá la levanta del suelo y descubre un par de gusanitos blancos, bailando entre la carne de la fruta.

Tadeo corre al baño para intentar sacar de su organismo a los bichitos, pero, aunque su estómago da vueltas de montaña rusa, no consigue vomitar. Se enjuaga la cara en el lavamanos, y se mira en el pequeño espejito dorado que tiene enfrente, abre la boca

tratando de ver en el túnel de su garganta, para inspeccionar que todo esté bien. “No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada”, le repite al niño de ojos cafés que lo mira desde el espejo.

Los días siguientes los pasa como flotando en la luna. Ve a su mamá deshacerse de trastos viejos, y a su papá empacar libros, ropa y zapatos en maletas y cajas de cartón. A pesar del caos que lo rodea, él se mueve en cámara lenta, como uno de esos astronautas que ha visto en la televisión. Le falta gravedad.

Tadeo intenta ser el de siempre, pero no puede pensar en otra cosa que no sea el malestar que le revuelve las tripas, siente como si una pelea de gatos se estuviera librando en su interior. Imagina a un par de felinos gruñendo, arañándose, rodando de un lado para otro, enredados en una danza de garras y colmillos.

Tanto ajeteo dentro de él lo deja exhausto. Lo único que desea es tumbarse en la cama y dormir. Ya ni los videojuegos, los álbumes de recortes o su bicicleta le causan entusiasmo. Se ha convertido en lo que su abuela denomina “un costal de papas”. O sea, un ser que ocupa espacio y nada más.

Por las mañanas, levantarse le cuesta un trabajo descomunal y, aunque llegan tarde a la escuela casi todos los días, su mamá no lo apresura, ni lo regaña. Tampoco le grita para que limpie su cuarto o recoja la ropa sucia que deja tirada en el baño. No lo reprende por no comerse las verduras a la hora de la cena o dejar la tarea a medias. Tadeo sospecha que ella siente culpa desde que su papá tuvo que mudarse a una nueva casa.

Tadeo siempre ha sido delgado, pero de un tiempo para acá, nota que se ve flaquísimo, desinflado como una manzana podrida. “Co-mo u-na man-za-na po-dri-da”. Repite en voz alta, Tadeo. Dividiendo las palabras en sílabas, para tratar de asimilar la verdad que acaba de descubrir: los gusanos, bichos asquerosos, lograron sobrevivir dentro de su estómago desde aquella tarde en que sus padres le anunciaron el divorcio. Lo están pudriendo desde adentro, igual que hacen con la fruta que se queda abandonada sobre la mesa. Los siente moverse dentro de él. Abrirse paso a través de sus venas, para llegar a los órganos importantes: cerebro, corazón, pulmones.

Tadeo no hace otra cosa más que tratar de descubrir la forma de acabar con la plaga. Evitar que siga multiplicándose y lo devore todo. No sabe a quién acudir en busca de ayuda. A su papá casi nunca lo ve, porque está ocupado arreglando su nueva casa, y su mamá pasa horas encerrada en su habitación.

Busca en internet y se aterra al leer que su huésped es un parásito muy resistente, capaz de adaptarse a cualquier hábitat. Se obsesiona al descubrir que las lombrices son insectos lentos, pero voraces. Las imagina arrastrándose por sus intestinos, haciendo agujeritos, absorbiendo todos los nutrientes.

Sabe que debe controlar la plaga antes de quedar convertido en un montoncito de abono. Intenta con los remedios que encuentra en internet, toma leche a todas horas del día. Come rebanadas de tomate y hojas de cilantro, dientes de ajo, a pesar

de que saben horrible, y mastica las cáscaras de huevo que sobran en el desayuno.

Sólo no prueba con la lavanda ni con el tabaco, porque en su casa no hay, tampoco con la ortiga o con la caléndula, porque no sabe qué son. Como último recurso, prepara una mezcla pegajosa con dos tazas de aceite y media de jabón. Las instrucciones dicen que debe rociar la planta afectada por la mañana y por la tarde. Embarra la mezcla en su piel, pero no siente ninguna mejora.

Desesperado, decide que la mejor opción es beber el líquido blancuzco. Con los ojos cerrados, pega la boca a la taza, espera que el sabor sea horrible, se sorprende al descubrir que la pócima no sabe a nada. Da un sorbo grande y la sustancia viscosa se queda impregnada en sus dientes. Traga con dificultad, haciendo un esfuerzo enorme para no vomitar.

Conforme bebe un hormiguelo le recorre la lengua, la garganta, la boca del estómago. Siente como si un ciempiés con las patas en llamas fuera bajando por su esófago, dejando un rastro de calor conforme avanza. Presiente que sus enemigas morirán achicharradas. Sonríe y toma de la taza con más euforia.

Repite el ritual durante varios días. Nada ocurre. Las lombrices son invisibles. En cambio, él comienza a parecer un muñequito de trapo, flaco, ojeroso, despeinado. Muy apenas consigue mantenerse en pie o probar bocado. Sabe que está perdiendo y decide dejar de pelear.

Se rinde, acepta que las lombrices son más fuertes, más inteligentes. No tiene manera de acabar con ellas. Sabe que se ha convertido en un trozo de materia vegetal y pronto no quedará ni rastro del niño que alguna vez fue.

Su mamá, preocupada por tanto silencio, entra a su habitación a buscarlo. Levanta las sábanas y su grito cuarteo las paredes de la casa. No puede creer lo que ve, de sus ojos brota una tormenta de agua salada. Tadeo, su niño, no es más que un bultito de tierra negra.

Comezón

Marijó no paraba de rascarse la cabeza, la comezón le era insupportable. Le taladraba el cerebro, impidiéndole sentir cualquier otra cosa. Se apoderaba de ella, de tal manera que, la inocente, pasaba los minutos, las horas, los días rascando, rascando, rascando y rascando.

Por las noches, la pobrecilla, daba vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño. Se revolvía entre sus sábanas rosas, peleando contra la comezón. Torcía los ojos, gimoteaba, pataleaba, suspiraba. Rendida, encendía la luz. Se miraba en el espejo, tratando de comprender el motivo de su tortura. No veía más que el reflejo de una niña de melena despeinada y medias lunas moradas debajo de los ojos.

Por la mañana, a la indefensa criatura, le costaba un trabajo infinito ponerse en pie. Estaba agotada, le pesaban hasta los huesos después de tanta noche en vela. Arrastraba sus pantuflas de puercoespín de la cama al comedor. Masticaba su desayuno sin ganas, en una mano sostenía la cuchara, mientras con la otra rascaba su cráneo. Bostezo tras bostezo cabeceaba, amenazando con quedarse dormida en cualquier momento.

En la escuela le era imposible concentrarse. No entendía las matemáticas, ni el español, ni la geografía; no podía pensar en nada más que en esa maldita comezón. El sonido de sus uñas restregándose contra el cuero cabelludo le impedía escuchar las pala-

bras de la maestra. Marijó volvía a casa con el cuaderno vacío y la mente en blanco. Ella, que siempre había sido sobresaliente, ahora era un bultito en medio del salón de clases.

Una tarde ya no pudo más. Agobiada y con los ojos hinchados, tuvo que buscar ayuda. Compungida, reveló su secreto:

—¿Mamá?, algo me pasa en la cabeza.

—¿Cómo que “algo” te pasa en la cabeza?—Preguntó la señora, sin despegar los ojos del bordado.

—Tengo comezón.

Horrorizada, la mamá de Marijó se puso en pie, avanzó con desesperación los pasos que la separaban de la niña; se agachó para poder llegar a su altura y, con ambas manos, sujetó la cabeza de su hija.

—¡AY NO! ¡QUÉ AAAAAAASCO!

El grito salió de sus labios a vivo pulmón. Santiago, que hasta entonces había permanecido hipnotizado por su videojuego, abrió los ojos como platos y en la boca se le formó una mueca de asombro: una “o” perfecta y rosada.

—¿Quééééééééééé? ¿Quéééééééééééé teeeeeeeeengo?

—¡PIOJOS! ¡TIENES PIOJOS!

—¡Ewwwwwwwwwwwwww! —exclamó Santiago desde el otro extremo de la sala.

María José se quedó clavada al suelo con la mente convertida en garabato. Las palabras crecían dentro de su cabeza dando vueltas de remolino. Sintió la comezón más viva que nunca. Supuso que los piojos se habían alborotado por la tormenta que crecía en sus pensamientos. Alarmados corrían, de oreja a oreja, de la

coronilla a la nuca, buscando refugio. Las rodillas se le doblaron al imaginar los cientos de patitas flacas recorriendo su cuero cabelludo. La piel morena de Marijó se tornó color fantasma, al darse cuenta que ella era un saco de piojos.

—¡María José! ¡No te rasques! ¿Qué no ves que te van a salir costras?

Marijó no dijo nada, no podía hablar, la vergüenza le había hecho nudo la lengua.

—Pi-o-jos. P-i-o- j-o-s. Piojospiojospiojospiojos. ¡PIOJOS!

Con la sangre hirviéndole en las mejillas, escuchaba la vocecilla de su hermano burlándose de ella.

—¡Piojospiojospiojospiojos! ¡Mi hermana es una piojosa! ¡Piojosa-piojosapiojosapiojosa!

—¡Santiago! ¡Deja de decir tonterías! Y tú, niña, ¡ven rápido! En la cocina creo tener un poco de vinagre.

Su madre cruzó la habitación con paso veloz y ella, María José, la niña con piojos, la siguió apesadumbrada sin poder parar de rascarse la cabeza.

—¿Oye, Marijó? ¿Los piojos te pueden comer el cerebro? —preguntó Santi, con una sonrisa retorcida en el rostro— ¡Los piojos te van a comer el cerebro! ¡Te van a comer! ¡Los piojos te van a comer! ¡Los piojos te van a comer el cerebro! —gritaba Santi a todo pulmón, ante el silencio de la niña.

Marijó torció los ojos, le dio la espalda a su hermano y salió de la habitación sin decir palabra. ¿Pueden? Se preguntó la niña, ¿los piojos me pueden comer el cerebro?

—¡No, claro que no!—Se dijo a sí misma, tratando de consolarse.

Para quitarle los piojos a Marijón, su mamá la hizo ponerse una blusa vieja y, con una toalla sobre los hombros, la obligó a inclinar la cabeza hacia adelante. Descalza y contorsionada, la niña creyó morir de vergüenza.

—¡Pero qué barbaridad! Estás infestada de piojos. ¿Por qué no habías dicho nada?

Sintió en la nuca el primer chorrito de vinagre. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Los dedos de su mamá le masajearon la cabeza, tratando de esparcir lo más uniforme posible el apestoso líquido.

—¡Santo cielo! Lo que me faltaba, una hija piojosa, pero ¿cómo es posible? Yo nunca fui buena para criar piojos. ¡Ay, Marijón, Marijón!

El vinagre se le colaba por las orejas y le goteaba de la frente. Su mamá no dejaba de regañarla. Le dolía el cuello, se sentía mareada. Saberse piojosa le encendió una fogata en el estómago, el fuego se fue extendiendo por todo el cuerpo, quemándole la piel, coloreándole las mejillas de un rojo intenso.

Tuvieron que repetir la tortura más de una vez. Hacían aquel ritual del vinagre y luego la mamá de Marijón la expurgaba. Buscaba con sus dedos ágiles entre las matas de cabello, revolvió los mechones con cautela, inspeccionando minuciosamente cada centímetro de la cabecita de María José. Sin atreverse a abrir los ojos, la niña escuchaba explotar las liendres entre las uñas de su mamá. El asco se le acumulaba detrás de las muelas, llenándole la boca con un sabor amargo.

Marijó no sabía cuántos litros de vinagre habían vertido en su cabello en las dos últimas semanas. Llena de desconsuelo, comenzaba a creer que el remedio de su mamá era inútil. La comezón no cesaba, por el contrario, cada día era más aguda. Podía imaginarse a los piojos, bichos desgraciados, pasear por su cabeza, reírse de ella cada que tenía que inclinarse para que le aplicaran el menjurge. Pavonearse victoriosos, porque nada lograba desterrarlos del cabello de la niña.

—Se me hace que vamos a tener que pelonarte, mijita.—Concluyó su mamá.

—¿Quééééééééééé? ¡Claro que no! ¡Nunca!

—Cada que te expurgo, tienes más y más piojos.

Esa noche, Marijó no pudo probar bocado, las palabras de su mamá la atormentaban. Creía sentir la cabeza más pesada, rebosante de piojos, trataba de moverse lo menos posible, pues sentía que sus huéspedes se podrían desbordar en cualquier momento. El corazón le martilleaba en el pecho y en los oídos le zumbaba el cotilleo de los piojos. Tuvo que tragar saliva al darse cuenta de la verdad: los asquerosos bichos acabarían con ella. Desde el primer día lo habían estado haciendo, chupándole la sangre, escarbando su piel, rompiendo la membrana que protegía su cerebro, masticando sus entrañas. Se había convertido en la comida de los piojos.

—Oye, Santi —dijo Marijó, rompiendo su meditación—, los piojos sí te pueden comer el cerebro.

No siempre son fantasmas

En la casa de mi abuela Tina hay un fantasma. Ella se empeña en asegurar que para todo aquello que parece fenómeno paranormal, hay una explicación lógica y, a veces, hasta científica, pero yo estoy segura de que en su casa ronda un espectro y no me va a convencer de lo contrario. Las pruebas son claras: ruidos extraños y pasos apresurados, cosas que desaparecen o cambian de lugar. Y el olor, estoy convencida de que ese aroma es azufre.

Creo que se trata de una mujer, porque las manifestaciones ocurren sobre todo en la cocina. En la noche o cuando estamos en la sala, los platos y los sartenes parecen cobrar vida, algo los revuelve y a veces los tira. Es como si la fantasma estuviera buscando algo, imaginó que se murió cocinando y por eso está atrapada ahí, tratando de preparar un platillo, de completar su tarea.

Lo raro es que la actividad paranormal comenzó apenas hace una semana. Y mis abuelos, que han vivido aquí toda la vida, nunca han mencionado ninguna muerte trágica. No soy experta en fantasmas, pero es lógico que la aparecida de la cocina es la dueña anterior del lugar. Pero, ¿por qué no se había manifestado antes?

Seguro que la abuela hizo algo que provocó su enojo, pues los fantasmas son seres extraños a los que no les gusta el cambio o que los humanos toquen sus cosas. ¿Y cómo saber qué hizo enfadar a la nuestra? Sí, según todas las películas que yo he visto, son extremadamente volubles, seres que se irritan con suma facilidad.

Mi abuela no da su brazo a torcer. No admite haber movido, roto o tirado algo. Lo que me deja con una segunda opción, el fantasma es mi abuelo. Cosa que resulta ridícula, pues en toda su existencia, él jamás cocinó, ¿por qué querría hacerlo ahora que ni siquiera puede comer?

Le cuento a mi abuela mis teorías, ella suelta una carcajada que le despeina la trenza. Y aunque está segura de que en su casa no hay fantasmas, apuesta por la segunda opción.

—Tu abuelo siempre fue muy bromista. En una de esas y nos está jugando una broma —dice mi abuela, guiñándome un ojo, restando importancia al asunto.

Pero de todos modos confío en su palabra. Descarto a la desaparecida y me apego a la idea de que el abuelo es la mente siniestra detrás de las manifestaciones paranormales. Y como el abuelo no da miedo, me asignó la tarea de atraparlo con las manos en la masa, o cualquier otro ingrediente que esté dispuesto a utilizar.

Le pido a la abuela permiso para quedarme a dormir en su casa y acampar en la cocina. Con su ayuda hago un tendido debajo de la mesa, porque según su consejo, así el abuelo no verá y podré atraparlo *infraganti*.

—Si te da mucho miedo, puedes abandonar tu puesto de vigilancia y venirte para mi cama —me dice en un susurro y me da un beso en la frente. Y aunque yo estoy muerta del miedo, le respondo con una negación, y le digo que estoy dispuesta a descubrir la verdad, al precio que sea.

—Bueno, mucho éxito —me responde ella, encogiéndose de hombros y apagando la luz. Ojalá se me hubiera ocurrido traer una lámpara conmigo.

Poco a poco me adapto, me vuelvo un bichito de la noche, y dejo de ver sólo oscuridad. Espero muy quieta, resisto las ganas de cubrirme el rostro con la sábana. Un ruido como de uñas rasgando algo, hace que me estremezca.

—¿A-abuelo?

Silencio. Pasa un minuto y los rasguños comienzan de nuevo. Ruidos dentro de la alacena, como de platos chocando unos con otros. Una puerta rechina y un golpe se oye sobre la estufa.

Con mucho cuidado voy levantando el mantel, aprieto la boca para que no se me salga ni un suspiro, para no espantar al fantasma.

Nos miramos directo a los ojos. Grito y él suelta el pedazo de tomate que tiene en las manos, corre a esconderse detrás de la estufa y yo corro a refugiarme en la cama de la abuela.

—¡Saaaaaaa muuuuuuuuu eeeeeeeeeee! ¡Por Dios!

—¿Eu?—Responde por fin mi hermano, sin levantar la vista del celular, destapándose una oreja.

—¡Voy a tener que tirar esas cosas del demonio! ¡Te vas a quedar sordo!

Samuel sólo se ríe.

—Ya me voy al trabajo y de ahí me pasó a comprar las cosas que faltan. Si llama tu abuela, le dices que lleguen a partir de las cinco.

—Ajá.

—No se te vaya a olvidar, Samuelito.

—No.

Me paro en la entrada de la cocina, donde mamá pueda verme. Ignora mi presencia. Concentrada frente al espejo, se termina de arreglar. Revisa sus dientes, se pone los aretes, acomoda el cuello de su camisa por última vez. Se va. Cierra la puerta y echa el seguro. No puedo creerlo, se le ha olvidado mi cumpleaños. No me muevo, respirar cuesta un esfuerzo enorme, estoy demasiado asombrado.

Escucho el sonido de la puerta abriéndose de nuevo. Seguro que ya recordó la fecha. Seguro que mamá va a entrar preocupadísima, va a ir directo a mi cuarto y me va a buscar entre las sábanas revueltas, para darme un abrazo. Entra corriendo. Avanza en dirección a mi habitación. Sonríe complacido. Se pasa de largo. La escucho revolver cajones. De nuevo sale a la calle. Esto no puede estar pasando. Me quedo con la cabeza dando vueltas, igual que una ruleta rusa.

Volteo a ver a Samuel, boquiabierto. El tonto no se ha dado cuenta de nada, ríe, inclinado sobre la pantalla. Me siento al lado suyo, para que vea mi cara de tristeza, pregunte qué pasa y luego, culpable, pida disculpas por no recordar el día, por ignorarme en mi cumpleaños; pero mi hermano parece un zombi con la cara metida en el teléfono. Unos minutos después, Samuel se levanta, dejando su plato a medio comer sobre la mesa. Se marcha trastabillando, porque sus agujetas están desabrochadas.

Qué desgracia. Pensé que mi cumpleaños sería especial por caer en sábado: mamá prepararía waffles para el desayuno, abríamos mis regalos, celebraríamos con globos, pastel y dulces. Creí que todos tratarían de hacerme feliz. En cambio, me tratan como si hoy fuera un día cualquiera, como si yo no existiera.

Haikú entra en la cocina moviendo la cola.

—Hola, Haikú, hola, mi amor. ¿Tampoco tú me vas a felicitar? Pasa al lado mío con la lengua de fuera, olfateando el piso.

—¿Haikú? Ven, Haikú, ven. Venga, mi niño.

Se va directo a su plato. Me ignora rotundamente.

—¡Haikú! ¿Qué te pasa? ¡Haikú, ven, ven, ven!

Nada. Bebe agua sin prestar atención a mi llamado.

—¡Méndigo perro repugnoso!

¿Por qué todos me ignoran hoy? ¿Justo hoy? ¿Acaso he desaparecido? ¿Soy invisible? No, claro que no, nadie puede ser invisible. Eso sólo ocurre en las películas. Pero... ¿por qué mamá no me ha visto? ¿Por qué Samuel ni siquiera me ha dado los bue-

nos días? ¿Y Haikú? Haikú siempre se alegra cuando me tiene enfrente. No, me niego a creer que soy invisible, debe haber otra explicación.

—¿Haikú? ¿Haikú? Ven, chiquito, ven, mi amor.

Lo intento una vez más, pero el perro sigue en su oficio, inspeccionando el piso, buscando restos de comida.

Suena el teléfono. Entusiasmado corro a contestar, seguro es mi papá llamando para felicitarme.

—¿Bueno?

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hoooooo laaaaaa?

—¿Abue? ¡Hola!

—¿Hola? ¿Quién habla?

—Soy yo, Diego.

—¿Susana?

—No abuela, soy yo, Diego. Mi ma...

—¿Bueno? ¿Bueno? ¿Susana? ¿Bueno?

—¿Abuela, puedes escucharme?

—Otra vez no se escucha nada, más tarde...

La abuela cuelga el teléfono antes de que pueda decir cualquier cosa. Esto es extrañísimo. Nadie me ve y parece ser que tampoco me escuchan.

Marco el número de papá, él podrá rescatarme, devolverme a la realidad.

—¿Hola?

—¿Papá?

—¿Bueno? ¿Susana?

—¿Papá? Soy yo, Dieg...

—¿Hola? ¿Susana? ¿Qué pasa? ¿Susana?

—¡PAPÁ!

—Susana, ¿eres tú? No se escucha nada. Ya te dije que llames a la compañía o te compres un celular.

—¿PAPÁ? ¿PAPÁ? ¡SOY YO, DIEGO!

—Más tarde te regreso la llamada. Estoy muy ocupado.

Él tampoco puede oírme. Cuelga, y en lugar de su voz sólo puedo escuchar el sonido espantoso de la máquina.

Corro a la ventana sin saber muy bien el motivo. Veo pasar a Isela y le hago una seña con la mano. No regresa mi saludo, se sigue de largo. Golpeó el cristal de la ventana, una, dos, tres, cuatro veces.

—¡Isela! ¡Iseeeeeela! ¡Oye, Iselaaaaaaaaa!

Grito su nombre, para obligarla a voltear. Ni se inmuta. No voltea nunca en dirección a mi casa, da vuelta en la esquina y no puedo verla más.

Indignado me voy a mi cuarto. Azoto la puerta con todas mis fuerzas. Me tiro a la cama a llorar. Esto es ridículo. Debe ser una pesadilla, una broma del universo, un hechizo, un embrujo. Estoy muy seguro de que esto no es real, no es posible que nadie pueda verme o escucharme. Pero... ¿y si es real? ¿Si esto en verdad está ocurriendo?

Me levanto despacio. De pronto, mi estomago parece un panal de avispas. Avanzo en dirección al espejo. Doy un paso y luego otro, otro y otro. Retrocedo. Intento tragar saliva, pero mi boca está seca, mi lengua sabe a limón agrio. Cierro los ojos justo an-

tes de llegar frente al espejo. Me siento como un cubito de hielo, mis pies y mis manos empiezan a derretirse, gotitas heladas caen de las puntas de mis dedos.

—Tranquilo, todo está bien. No tienes por qué preocuparte. Tranquilo. Tranquilo. Tranquilo. Sólo es tu imaginación. Tranquilo. Tranquilo. Tranquilo...

Abro los ojos. Nada. No hay nada. No hay nadie. No encuentro mi cara, ni mis manos, ni mi cabello, ni mis hombros. Muevo las manos frente a mi cuerpo como para que el espejo pueda encontrarme. Nada cambia. Ahí donde debería estar mi reflejo, sólo hay un cristal vacío. ¿Dónde estoy? ¿Por qué no puedo verme?

Eres lo que comes

Como de costumbre, nos sentamos a la mesa a eso de las siete de la tarde. Es la única comida que hacemos juntos, porque el trabajo de papá le impide estar en casa antes de las cinco. La cosa parece normal, un día común como tantos otros, hasta que de pronto papá comienza a reírse.

Muerde un taco y se ríe. Bebe un poco de agua y se ríe. Me mira a mí, a Mónica y después a Luis, y de nuevo ríe. La carcajada se vuelve cada vez más intensa, tiene que taparse la boca con la mano para no escupir la comida. Lo miro incrédula, él nunca, nunca, se había portado de este modo.

—¡Sssssssth! —dice mi mamá, conteniendo la risa—. Vas a asustar a los niños.

Mi hermana, que se cree muy mayor, hace ese gesto suyo de levantar una ceja y dice que la única niña en esta casa soy yo. Le respondí torciendo los ojos, papá me regala un guiño en señal de apoyo.

—Bueno, ¿y por qué tanta risa?—Exige saber Luis.

—¿A qué no adivinan?—Los ojos verdes de papá se iluminan por la emoción.

Todos nos quedamos callados, observando, a la espera.

—¿Adivinen qué estamos comiendo?

—Mmm. ¿Carne?

—¿De qué?

—¡No les digas! Después ya no van a querer comer —sentencia mamá.

Me duermo y caigo en una pesadilla. Estoy temblando. Alrededor de mí hay un montón de zanahorias medio mordisqueadas, todo está sucio, lleno de caquitas redondas. El vómito sale de mi boca como cuando los volcanes hacen erupción, sólo falta que de mis orejas se escape un poquito de humo. Con el dorso de la mano intento limpiar los bordes de mi boca. Entonces me doy cuenta: mi piel ya no es piel, se ha convertido en algo así como una franela, pero no es suave ni hermosa, es horrible, como de peluche viejo o de perro callejero.

Con el corazón convertido en tambor, busco un espejo. Ahí estoy, parada frente a mí, pero ya no soy yo. Desde el reflejo me miran unos ojos redondos y saltones. Ojos enormes color fresa podrida, sin pestañas ni cejas que los enmarquen. De la cabeza, en lugar de cabello, me cuelgan un par de orejas, llegan hasta el suelo, son de un blanco sucio, parecen algodón quemado. De mi boquita salen unos dientotes medio amarillos, medio verdes, uno de ellos está quebrado en la esquina. En mis cachetes han crecido unos bigotes retorcidos, largos, largos, largos, puntiagudos como agujas. En lugar de mis dedos tengo cuatro garras afiladas, sucias de restos de comida y tierra negra.

No puedo encontrar mi ombligo por ninguna parte, porque me ha crecido una panzota. Así de grande y redonda, parece una pecera, seguro que mis tripas andan flotando todas revueltas. Por eso me siento mareada, llena de agua, a punto de explotar. El llanto se me desborda. Quiero gritar, pedirle auxilio a mamá, pero de mi boca sale tan solo un chillido. No soy capaz de articular palabras.

Despierto, agitada y sudorosa. Sólo ha sido un sueño, sólo eso, me digo a mí misma tratando de consolarme. Con los ojos aún cerrados y debajo de las cobijas me estiro. Extiendo los brazos por encima de mi cabeza, escucho crujir mi espalda, hago círculos con los tobillos y muevo, uno por uno, los dedos de los pies. El miedo corre por mi cuerpo, es una sensación extraña, como si un montón de ciempiés estuvieran caminando sobre mí, recorriéndome con sus patitas heladas. Me sacudo con un escalofrío.

No quiero abrir los ojos, porque me siento extraña, diferente. Ni mis manos, ni mis rodillas, ni mi cuello, ni mi espalda parecen los mismos. Mi estómago, que ahora parece una tómbola, da mil vueltas. Las ganas de vomitar me obligan a salir de las cobijas. Me destapo, pero no puedo salir de la cama, el cuerpo me pesa, siento que no me pertenece. No me atrevo a verme los pies o tocarme las orejas.

Escucho los pasos de mamá aproximarse a la puerta. El corazón se me congela. No respiro. Con las uñas enterradas en la palma de la mano espero que ella abra la puerta y me rescate de esta pesadilla.

Mamá gira la perilla, asoma su nariz por la rendija que se ha abierto. La luz del pasillo se cuelga en la habitación iluminándome la cara.

—¡Izamar!

Aprieto los ojos, porque no quiero saber lo que significa el grito de mamá.

Panza de cocodrilo

—¡Ándale Emilia! Pasame los zapatos y ayúdame a ponérmelos, con esta panza de sandía no puedo verme los pies.

Mamá me pide auxilio y en su rostro se dibuja una sonrisa de dientes separados. Ambas reímos, cómplices por las vueltas de la vida. El año pasado era ella quien me ataba las agujetas a mí. Luego, conforme su barriga se fue convirtiendo en un retrato viviente de Urano, ella perdió la flexibilidad.

El primer favor importante me lo pidió cuando las blusas azules, que siempre le habían quedado guangas, dejaron de entrarle:

—Ayúdame a subirme el pantalón, Emilia, pero no te vayas a reír de los agujeros de mis calzones, ¿no ves que son los únicos que me quedan?

Se niega a comprar nuevos, aunque papá le da dinero extra cada que vamos al mandado.

—¿Para qué? —pregunta, fingiendo enojo—. De todos modos, ya falta poquito para que nazca el niño y esa ropa se va a quedar *dioquis*. Mejor uso ese dinero en otra cosa, en algo útil.

Cuando Esteban nace, ella compra un montón de ropa para bebé, ropita chiquitita que él solo usa un par de meses para luego quedarse arrumbada en el fondo del armario, esperando para cuando yo tenga hijos. La montaña de tela crece y crece, porque a mi hermano le compran piezas nuevas cada que da un estironcito.

En cambio, mamá sigue usando las blusas que le aprietan y los calzones sin elástico durante mucho tiempo. —¡Otra vez vienes con las mismas garras! —le reclama mi abuela, cada que la visitamos. Según ella, mamá se ve horrible y si no se arregla un poquito, papá va a dejar de quererla.

—Lo que necesita es enflacar. Perder todos esos kilos que le dejó el embarazo, después de eso se compra ropa —agrega mi tía María Elena, para defender a mamá.

—Mira Marisol, ¡esta dieta es buenísima! Mi amiga Conchita la hizo y bajó como 10 kilos, estaba igual que tú y ahora se ve guapísima —la tía María Elena le entrega a mamá una lista de cosas que debe comer a diario: por la mañana dos huevos cocidos y un té de manzanilla; un pepino o una manzana como colación; en la comida una ensalada de verduras y un filete de pescado o pechuga de pollo; a media tarde pepino o jicama; en la noche una lata de atún y lechuga.

—Y si para la cena te comes sólo la lechuga, yo creo bajas esa panza más rápido— aconseja la abuela, emocionada.

Mamá decide hacer la dieta. Agrega unas cuantas modificaciones, como tomar limón con agua caliente despuecito de levantarse, no desayunar más que el té de manzanilla y masticar la comida no sé cuántas veces, para mejorar la digestión, pero las blusas azules no dejan de quedarle apretadas. La pobrecita llora y llora, cuando cree que está sola.

Mi abuela y mi tía María Elena la regañan.

—De seguro te la pasas picando entre comidas. No has dejado las tortillas y el pan, ¿verdad?

Mi mamá se defiende diciendo que no, que ella está siguiendo la dieta con sumo cuidado, que incluso a veces la única comida que hace es el pollo de medio día.

—Entonces lo que a ti te falta es hacer ejercicio, ¡móverte!, has de estar todo el día echada, ¿verdad? —pregunta mi abuela chasqueando la lengua y negando con la cabeza.

Mamá comienza a caminar por las tardes, me deja cuidando a mi hermano y él llora como loco cuando ella se le pierde de vista; pero a pesar de las horas que la pobre pasa haciendo ejercicio, su estómago no desaparece. Lo único que pierde es su sonrisa de ventana a medio abrir. Siempre está cansada, enojada o triste.

Como ella batalla tanto con su peso, decide protegerme de vivir las mismas penas. Me persigue día y noche dándome consejos: *Emilia, mejor come sin tortilla. Para el recreo te voy a poner una zanahoria picada, ni se te vaya a ocurrir comprar papitas, ¿me entendiste, niña?* *Emilia, no agarres pan, come a cucharadas. Toma pura agua. No cenes tanto. Emilia, tú no puedes comer dulces.* Trata de inculcarme buenos hábitos, enseñarme a ser saludable.

También se ha convertido en mi espejo, sus ojos descubren cosas que de otra forma yo nunca habría notado: como que mi cuerpo es más grande que el de mis compañeras de salón; que las blusas me quedan demasiado entalladas y la talla de mi pantalón no es la correcta; que mis piernas descomunales lucen mal en short y los tirantes se me ven ridículos; que ni loca puedo llevar el pelo corto, porque me resalta los cachetes.

Gracias a la mirada de mamá, descubro que sólo al verme como mi prima Casandra, flaquita, menuda, *petite*, yo podré ser bonita.

Poco a poquito trato de comer menos, de ir dejando la mitad de todo lo que me sirven en el plato, de no probar bocado a la hora del recreo, de saltarme la cena o el desayuno. En cambio, tomo agua todo el día, un vaso tras otro para calmar el hambre.

El hueco de mi estómago es tan grande que algo anida en él. Al principio no es más que una presencia helada. Un animalito paciente que pasa horas y horas sin moverse, esperando el momento indicado para atacar. A pesar de su quietud, me roba la energía.

Conforme pasan los días se va volviendo más pesado. Lo siento crecer como uno de esos dinosaurios que absorben el agua y se vuelven casi del tamaño de una palma, pero no se parece en nada a las figuras de esponja, su piel es más bien rugosa, áspera. Cuando toca las paredes de mi estómago, me revuelve de los pies a la cabeza, como cuando una ola te tumba y te arrastra mar adentro.

Sentir sus escamas duras acariciando mis tripas me pone de un humor insoportable. Ando por ahí esparciendo rayos y centellas, torciendo los ojos a todos los que se cruzan en mi camino, gritando sin razón. Ni Selene puede soportarme y, harta de mis ganas de pelear, me aplica la ley del hielo. Me quedo abandonada, sin una mejor amiga y con un animal malévolos viviendo en mi panza.

Al no recibir el alimento que necesita, la bestia se pone furiosa. Lucha, ataca mis intestinos, tratando de arrancar un pedacito y mastcarlo entre sus fauces puntiagudas. El dolor es insoportable, sobre todo por las noches. Enredada en las sábanas sufro más que nunca. Trato de dormir, pero él se revuelca exigiendo comida.

Derrotada, camino de puntitas a la cocina. Abro el refrigerador y trato de hacer el menor ruido posible, no quiero que mamá me vea y se decepcione. Alumbrada por la luz amarillenta del refri, me llevo a la boca todo lo que encuentro: pasta fría, leche, rebanadas de jamón, cucharadas de mermelada y mantequilla. Todo, menos las verduras.

El animal, insaciable, pide más y más, y para llamar mi atención me araña con sus garras afiladas. Con su insistencia me obligaba a llenarme la boca con puños de cereal, galletas y totopos. Complacido, aceptaba la comida. Gana fuerza y se infla dentro de mí. Yo, en cambio, siento una vergüenza terrible. Muero de miedo al pensar que a la mañana siguiente alguien pueda descubrir mi derrota.

Me prometo no volver a ser tan débil. Debo vencer al animal, hacerle saber que mi cuerpo no puede ser su nido.

La única manera que se me ocurre de echarlo fuera es escupirlo por la boca. Me hincó frente a la taza del baño y meto dos dedos en el fondo de mi garganta, tan adentro, que por un momento pienso que la bestia me morderá. Algo así como lava caliente

avanza desde mi estómago hasta mi garganta, el sabor amargo me quema la lengua. Un líquido viscoso me escurre por los bordes de la boca y salpica la blusa de mi pijama.

No hay rastro de la criatura. Tiro de la cadena y un remolino de agua se lleva los restos de la batalla.

Paso muchas noches frente al inodoro, luchando contra el monstruo. Desatando tormentas en mi interior. Mis dedos entrando en la garganta se parecen a un rayo partiendo el cielo antes de un aguacero. Las arcadas me doblaban, anunciando la catástrofe. Imagino el interior de mi estómago convertido en el ojo de un huracán. Aunque el vómito gira con fuerza, arrasando todo a su paso, mi huésped siempre logra sobrevivir.

Luchar me deja exhausta. Los días posteriores a las batallas me pesa todo el cuerpo, dar un solo paso es una tarea monumental, como si debajo de cada pie cargara siete kilos de concreto. Arrastrar con todo ese peso me hace pensar que de un momento a otro mis huesos se quebrarán, igual que las ramas secas de un árbol; pero lo peor es la culpa. Se adhiere a mi cuerpo como una capa de lodo. Yo evito los espejos, no quiero verme y comprobar que soy tan ridícula y sucia como me siento.

—¡Emilia, mi amor! Te ves muy mal, ¿estás enferma? —pregunta papá, un domingo, pasando su mano por mi frente.

Niego con la cabeza.

—¿Segura? Si quieres te llevo al doctor.

—Sólo tengo calor.

Cree mi mentira y ríe hipnotizado por las imágenes de la pantalla. No me atrevo a confesarle que mi piel se ha convertido en una jaula. Que yo soy la presa de un animal hambriento que me devoraba a pedacitos.

—Ahorita vengo, voy a caminar —dice mamá, agitando la mano— Si se despierta Esteban, le dan de comer.

Papá también hace una seña para despedirse, no se da cuenta que ella también es esclava de un animal, que lo llevaba atado a una correa.

Con un brazo rodeó la cintura de papá, me aferro a la tela de su camisa, esperando que escuche el sonido aterrador que hace mi panza de cocodrilo. Me aprieto contra su cuerpo buscando un refugio, rogando para que sea capaz de salvarme de la tortura que me retuerce las entrañas y amenaza con partirme en dos.

El problema es que papá no sabe cazar. Me abraza indiferente al peligro. Su mano sobre mi hombro no me ofrece ningún consuelo. Estoy sola, el animal también lo sabe y chapotea victorioso en su nido.

El miedo es un tiburón

Hoy no tengo cabeza para jugar, avanzo por la calle sin saltar las grietas del pavimento, me es imposible pensar en otra cosa que no sean los hongos y las bacterias. Mientras camino, miro mis pies y repaso mentalmente lo que me toca decir en la exposición: *el yogurt es una mezcla de bacterias llamadas lactobacilos. La levadura es un tipo de hongo que ayuda a... a... aaaaaaaa ¡la fermentación! Los lactobacilos y la levadura son organismos pequeños, no pueden verse a simple vista, se les conoce como microorganismos.*

Al llegar al salón voy directo a mi banca, estoy tan nervioso que me olvido de saludar a mis amigos. Sigo repasando la información en mi cabeza: *Los hongos y las bacterias son numerosos, se encuentran casi en todas partes, incluso en el cuerpo humano. En la naturaleza hay de diferentes tamaños, desde microscópicos hasta macroscópicos. Macroscópicos, macroscópicos, macroscópicos.* Espero no quedar como un tonto y olvidar esa ridícula palabra a la mitad de mi exposición.

Suena el timbre y la maestra entra al salón balanceando un alfiler de libros en su mano izquierda, en la otra lleva su computadora y un termo con café. Después de saludarnos nos anuncia que vamos a iniciar la clase con las exposiciones de ciencias. Le pide a un miembro de cada equipo pasar al frente para hacer la rifa de los turnos. Mi equipo decide mandarme a mí.

La maestra escribe en papelititos los números del uno al siete. Hace una bolita con cada uno y los pone en un vaso transpa-

rente. Menea la tómbola con una sonrisa. La primera en elegir turno es Mariana, le toca el 7, siempre tan suertuda. Yo soy el penúltimo de la fila, meto la mano en el vaso, siento las miradas de mi equipo. No sé cuál de los papelitos debo elegir, si me equivoco seremos los primeros en pasar.

—¡Ándale, Rodolfo! No seas miedoso —dice Mario parado a mi lado, impaciente por saber el resultado.

Por fin elijo uno. Con los dedos inseguros se lo entregó a la maestra para que ella lo abra.

—Tres —me dice sonriendo.

—¡Pffffff! —exclama Mario, porque su equipo va primero.

No presto atención a las exposiciones de los otros equipos. Repaso una y otra vez mis líneas. *Los lactobacilos están en el yogurt. La levadura es un tipo de hongo. Hay hongos y bacterias en todas partes incluso en los humanos. Hay de todos los tamaños...*

Los aplausos rompen el silencio, mis compañeros al frente sonríen complacidos, la maestra los felicita.

—Equipo tres, pase por favor.

Camino por el pasillo. *Microscópicos y macroscópicos, macroscópicos, macroscópicos, macroscópicos.* Ayudo a Rubí a pegar la cartulina. *Organismos macroscópicos y microscópicos.*

—Hola, somos el equipo tres, nuestros nombres son: Rubí, Rodolfo, Sandy, Itan y yo, Iker —Iker nos presenta, le gusta ser el primero en hablar.

Espero ansioso, mientras los demás dicen sus partes, me retuerzo los dedos y me muerdo el labio. *Microscópicos y macroscópicos, mi-*

croscópicos y macroscópicos, microscópicos y macroscópicos. Repito una y otra vez, para no olvidarlo.

De pronto el estómago me empieza a dar vueltas. Es como si dentro mío hubiera un mar, un montón de olas meciéndose de un lado para otro, chocando contra las paredes de mi espalda y luego contra mi ombligo. La marea crece en mi interior, llega hasta los pulmones, luego a la garganta y finalmente a mi cabeza. Me desbordo. Por la frente, las gotitas de agua salada comienzan a filtrarse.

Es mi momento de hablar, todos se me quedan viendo, no me atrevo a abrir la boca. Todo lo que había aprendido de los hongos y las bacterias se me ha borrado de la mente; lo arrastró el agua, como cuando en la playa escribes tu nombre en la arena y una ola se lo lleva. Cierro los ojos, tratando de recordar, tan sólo puedo pensar en el océano que me ha crecido dentro.

Mis intestinos ahora son peces y el miedo es un tiburón. Agitados, los pececillos se revuelven en el agua, nadan frenéticos dibujando círculos de espuma, buscan escapar de las mandíbulas blancas de su depredador. Él es más veloz, termina por atraparlos, los devora de un bocado, pero sigue hambriento. Continúa la cacería, olfateando en busca de una nueva presa.

Yo sigo congelado. La maestra me pregunta algo, pero no logro entender por qué el dolor me nubla la vista. Mis compañeros están impactados, boquiabiertos, los ojos como platos. El tiburón me ha mordido, desesperado por un poco más de comida, ha de-

cido alimentarse de mi carne. Abre un hueco grande en mi estómago y el agua cae en cascada, escurre por mis piernas, moja mi pantalón y mis zapatos, se forma un charco alrededor mío.

Clem

Clem apareció una mañana en la que hacía muchísimo frío. Estaba hecha bolita sobre el tapete de la entrada. No se asustó cuando abrimos la puerta, por el contrario, parecía calmada. Indispuesta a moverse. Mamá la apartó de nuestro camino con un manotazo, de esos que se usan para espantar moscas. Ella corrió en zig zag para protegerse del ataque y nosotros reímos de su cuerpo desproporcionado. La dejamos junto a la banqueta, observándonos con sus ojos color aceituna.

Su mirada se me quedó enredada en el pensamiento. Pasé buena parte de la mañana tratando de descifrarla, de resolver el misterio, igual que un insecto buscando escapar de la tela de una araña, pero por más vueltas que le di al asunto, no logré atar ningún cabo. Me fue imposible interpretar su lenguaje animal. Como consuelo me dije a mí misma que estaba loca. Las gallinas no hablan con la mirada, no esconden secretos.

Al volver de la escuela, Clem seguía en el jardín, la observé desde la ventana. Su búsqueda de gusanos parecía más una danza que una cacería. Daba vueltas alrededor de un árbol, tambaleándose, moviendo la cabeza de atrás para adelante, espabilando las alitas inútiles de vez en cuando; picoteando la tierra, sin conseguir ninguna presa.

Al notar mi presencia, corrió a mi encuentro. Sus patas de tres picos me recordaron un par de estrellas de mar. Ella se plantó

frente a mí, con la misma seguridad con que las estrellitas se aferran al cristal de una pecera. Me clavó sus ojos en la cara. Estando frente a frente, comprendí que ese destello en sus pupilas no era más que miedo. Un grito de auxilio.

Estaba perdida. No había otra explicación. Seguro que la pobrecilla se había escapado de su casa y ahora no sabía cómo regresar. Me imaginé a su dueña gritando por las calles, pegando carteles en los postes, llorando y llorando por su gallina. Aterrorizada, como en una película del fin del mundo.

Imaginé a la mujer con una foto de Clem en la mano, preguntando a todos: ¿la ha visto?, es mi gallina, es color café, tiene ojos verdes. *¿La ha visto?, es pequeña, debe de estar asustada, nunca ha andado sola por la calle. ¿La ha visto?, ¿alguien la ha visto?, se llama Clem.*

Con la piel chinita, tragué saliva. Se me revolvió el estómago al pensar que la dueña de Clem podría ser mi mamá y en lugar de buscar una gallina, tuviera que buscar una hija. ¿La ha visto? Es morena, le falta un diente, tiene el cabello hasta los hombros. ¿La ha visto? Usa lentes, tiene pecas, debe estar muy asustada, nunca nos hemos separado. *¿La ha visto? Se llama Astrid,* preguntaría mamá a la gente que se cruzara por su camino.

El saberla perdida, me abrió un hueco en el estómago, un remolino negro, de esos que devoran todo a su paso. No podía dejarla sola, a su suerte. Debía protegerla, hasta que estuviera de nuevo en los brazos de su dueña. —Por favor, por favor, por faaaaavor. Déjeme meterla a la casa

—rogué a mamá.

—No, claro que no, Astrid. ¿Cómo vas a meter una gallina en la casa?

—Ándale mamá, se me hace que está pérdida, tiene miedo.

—¿Cómo va a sentir miedo, si es una gallina? No seas ridícula. Además, esos animales son de afuera, no están hechos para vivir adentro de una casa, no saben cómo.

—Ella se ve educada. Mira —apunté a la ventana con un dedo suplicante—, no te ha hecho destrozos en el jardín. Tus rosales siguen intactos.

Mamá me fulminó en silencio, poniendo su cara de desesperación.

—¡Ándale, mamá!

—¡Claro que no, Astrid! Se va a cagar por todas partes. Cada idea que se te pone. ¡Mejor vete a terminar la tarea y deja de imaginar tonterías!

No insistí más, dejé creer a mamá que me daba por vencida. Esperé un descuido suyo, para actuar a sus espaldas y meter a Clem en la casa.

—No hagas ruido. Ni se te vaya a ocurrir cagarte. No te salgas de mi cuarto por nada del mundo.

La sermoneé con la esperanza de que mis recomendaciones se le quedaran bien grabadas en su mente de ave omnívora. Asustada, Clem me miraba desde una esquina de la habitación. De tan callada, ni parecía una gallina.

Tuve que mantener a Clem escondida durante varios días. Por

las mañanas la dejaba libre en el jardín, quién sabe qué cosas andaría haciendo mientras me esperaba, pero a mi regreso siempre estaba junto a la puerta, lista para que la alimentara. Yo le daba cualquier cosa de comer, y luego, por la tarde, a la hora de la telenovela, las dos nos colábamos en mi habitación, caminando de puntitas, como un par de fugitivas.

Clem era tan discreta, que mi mamá tardó varias semanas en descubrirnos. De hecho, no fue más que una casualidad. Primero dio el grito en el cielo y expulsó a Clem de la casa, pero después, cuando le conté todo y se dio cuenta de lo limpia que era, ella me dejó conservarla adentro, con la condición de que no pisara la cocina ni la sala.

—Mamá, creo que Clem no es normal —me atreví a confesar una tarde.

—Pues claro que no, ¿cuándo has visto que una gallina se porte así de educada? Hasta parece un perro.

—No. No me refero a eso.

—¿Entonces?

—Creo que se porta raro, porque está triste.

—¿Triste?

—Sí. A mí se me hace que se perdió, y extraña a su dueña.

Al principio, mamá se rio de mí, se negó a creer que Clem estuviera triste. Alegaba que las gallinas no pueden tener sentimientos. Conforme pasaron los días, se dio cuenta de lo contrario. Notó que la pobrecita pasaba las horas con el pico pegado a la ventana, buscando en la cara de los que pasaban. Al no encon-

trar nada se acurrucaba en cualquier esquina, con un gesto muy parecido al llanto dibujado en sus ojitos de ciruela verde.

Mamá comenzó a preocuparse, cuando el silencio de Clem se volvió insoportable. Temía que la gallina muriera de desdicha o de inanición. Como las dos nos habíamos encariñado tanto con ella, tratamos de salvarla del sufrimiento. Nos dedicamos a buscar a su dueña.

Por las tardes, salíamos a caminar para ver si nos topábamos algún letrero de “Se busca gallina”. Pero de entre todas las fotos de niñas perdidas, nunca apareció un retrato de Clem. La pobre se tuvo que quedar refugiada en mi casa, esperando a que un buen día su dueña la encuentre. Mientras tanto, trato de hacerla feliz, porque en su lugar yo no sabría qué hacer sin mamá.

Tan sólo un bulto de ropa

Carolina despierta sobresaltada por el ruido de los truenos. Abre los ojos como platos, y por un momento pequeñito me recuerda a un búho, un buhito asustado en medio de la noche. Sus pupilas tratan de adaptarse a la oscuridad, mira la habitación en todas direcciones. Cuando comprende que no hay luz, se asusta. Aprieta tan fuerte los párpados, que las pestañas parecen desaparecer, absorbidas por los surcos de piel que se forman alrededor de sus ojos.

Tiene miedo. En sus labios se dibuja esa mueca que sólo aparece en momentos de máxima angustia, como cuando alguna cucaracha aparece en la habitación, algún mimo la saluda en una fiesta, o cuando se sienta al lado de Julián, para ver películas de terror. Una mueca que siempre trata de disimular. Sospecho que se siente ridícula, por todavía temer a ese tipo de cosas, pero sola, en su recámara, nadie la ve.

No tiene que disimular nada, puede entregarse al temor que le causa la oscuridad. Se queda tendida en la cama, boca arriba, tan quieta que incluso parece no respirar. Es incapaz de moverse, aunque sea sólo para alcanzar la sábana y cubrirse con ella. Es consciente de que se encuentra desprotegida, con la piel expuesta a los terrores nocturnos.

El único muro que la separa de la oscuridad y sus habitantes es la fina capa de piel de sus párpados. Aprieta con más fuerza los

ojos, para asegurarse que nada pueda colarse por su mirada. No quiere ser testigo de sombras saliendo del closet o de presencias amorfas sentadas en la silla de su escritorio. Lucha por dormirse de nuevo. Sabe que en el territorio de los sueños estará protegida de cualquier mal.

Afuera, la tormenta sigue. El ruido del agua golpeando contra el pavimento comienza a arrullarla, parece estar más calmada. El frío se cuela por la ventana abierta, ráfagas de viento entran en la habitación y Carolina empieza a titiritar, la piel se le enchina. Desesperada, comienza a mover un pie, señal inequívoca de que desea ir al baño.

Resiste todo lo que puede. No quiere levantarse y tener que atravesar el largo pasillo que la separa del baño, porque la luz no ha vuelto todavía. Usa toda su concentración para tratar de olvidarse de la necesidad de ir al baño. Medita con seriedad qué pasaría si aflojara un poquito, si se hiciera ahí mismo, sobre el colchón. No. Ni pensarlo.

Respira profundo para agarrar valor. Cuenta hasta tres y de un brinco se levanta de la cama. En el segundo que abre los ojos, un relámpago ilumina a medias la habitación. Carolina grita. Corre a buscar el interruptor de la luz. Presiona el pequeño botón, pero no pasa nada. Se siente estúpida al recordar que no hay luz. Busca su celular para alumbrar lo que la ha asustado, pero no lo encuentra.

Sus ojos tratan de adaptarse a la oscuridad. Parpadea varias veces. Fija la mirada en el punto donde debería estar aquello que ha creído ver. Congelada al lado de la puerta, espera algún movimiento, un ruido, cualquier señal que delate a la presencia que la ha asustado. Otro relámpago ilumina la penumbra. No descubre más que un bulto de ropa apilada sobre su escritorio.

Ríe nerviosa, se muerde el labio y suspira. Duda por un segundo, antes de girar la perilla de la puerta. Corre al baño. De regreso en su habitación salta directo a la cama. Antes de cubrirse la cabeza, mira de nuevo hacia el escritorio. Hipnotizada, espera a que la luz de la tormenta se cuele de nuevo por la ventana.

El chispazo de otro relámpago le permite distinguir su suéter rosa en la cumbre de la montañita de ropa que hay sobre la madera de su escritorio.

—Sólo es ropa. Sólo es ropa. No hay nada ahí, sólo ropa —se dice a sí misma, entre susurros, y se refugia debajo de la sabana. Decide esperar a que amanezca para ir al baño.

Cuando estoy seguro de que Carolina no se destapará, salgo de detrás del bulto de ropa. Me siento otra vez sobre la pila de suéteres y pantalones sucios. Tomo una de las prendas y me cubro las piernas, yo también tengo frío. En silencio espero a que llegue la mañana.

III.

Cuentos sueltos

La historia del abuelo

Cuando yo era niño, mi abuelo solía contarme una historia que me ponía la piel de gallina. Me encantaba y tenía el deseo de contarla a todo aquel que se cruzara en mi camino, pero él me hizo prometer que jamás repetiría una sola palabra, al menos mientras la abuela estuviera viva. Para serte sincero, nunca le conté a nadie, me gustaba saberme portador de un secreto así de misterioso. Pero tú, querida, me has hecho recordar a mi abuelo, te pareces tanto a él, los mismos ojos curiosos y las manos siempre inquietas.

El abuelo tuvo dos grandes amores, por eso era tan importante que yo me quedara callado. La verdad es que yo no lo entendía del todo. Un niño no sabe muchas cosas del amor.

—Verás —me decía siempre que tenía ganas de hablar de aquello—, tu abuela tiene los ojos más hermosos que he visto, la amo y nunca me cansaré de hacerlo, pero hay cosas que simplemente pasan, y en el mar suceden las cosas más fascinantes, hijo. Si te soy sincero, a veces siento mucha culpa, a pesar de que aquello pasó un par de años antes de que tu abuela se cruzara en mi camino.

El abuelo se tocaba la cara, como tratando de ocultar las arrugas que le surcaban la piel de la frente mientras me decía con una sonrisa juguetona:

—En aquel entonces yo era un muchacho. Tú me ves ahora como un viejo aburrido que se pasa todo el día en esta casa, arrastrando los pies de aquí para allá. Lo que no sabes es que me muevo de un lado para otro perseguido por mis recuerdos —cerraba los

ojos y después de una pausa, que me parecía eterna, añadía—: ¡Qué joven era! ¡Cómo moría de ganas de estar en altamar! Por aquellos días, yo me pasaba las tardes en el muelle, deseando que me aceptaran en algún barco, la sola idea de surcar el mar me llenaba de júbilo. Y un día pasó, como si se tratara de un milagro, me dieron trabajo en un barco pesquero.

La risa estruendosa del abuelo me sacaba de mi ensoñación. Yo intentaba imaginarlo de joven, pero me era muy difícil dejar de pensar en él como un viejo con los cabellos blancos. Me costaba creer que no había sido siempre así, seguro que a ti te pasa lo mismo, ¿no? ¿Has intentado alguna vez imaginarme con cincuenta años menos?

—Al día siguiente yo estaba ahí —retomaba el abuelo su historia, sin dejar de sonreír—, la verdad es que me sentía un hombre, porque al fin podía ser parte de aquel mundo, de aquella aventura—. El abuelo reía de nuevo a carcajadas. Yo no entendía el motivo de su risa, pero creo que a estas alturas de la vida puedo sospecharlo.

—Una tormenta nos alcanzó, el mar se puso bravo, las olas nos golpeaban sin piedad. Si hubieras estado ahí, te aseguro que hubieras gritado el nombre de tu madre a los cuatro vientos —yo me enfurruñaba en el sofá, me desagradaba la idea de que el abuelo me creyera un niño miedoso—. ¡Pero, hijo, aquella tormenta me jugó una broma! Una ola enorme arrasó con la cubierta y nos trajo consigo algo, una criatura que se quedó enredada entre las redes. Las gotas de la tormenta me nublaban la vista, por un momento creí que aquello que luchaba por su vida era un delfín o quizá algún pez muy grande. Sentí compasión, yo también estaba asustado por mi vida. Como pude, me acerqué a aque-

lla criatura, deseaba liberarla porque creía entender su miedo. ¡Pero, muchacho! ¿Cómo te explico lo que vi?

En ese punto de la historia, el abuelo siempre hacía una pausa, como buscando las palabras, como si de pronto ninguna le sirviera para explicarme lo que sus ojos habían visto:

—Aquello fue lo más maravilloso que he visto, aún dudo que fuera real. Me enamoré al instante, aparté las redes para tomarla entre mis brazos, sus ojos brillaron, nunca supe si fue a causa del miedo o del agradecimiento. Sin embargo, escapó, no la pude tener más que un segundo.

Mirándome a los ojos me decía: —me volví loco, te juro que me volví loco—, y no me cabe ninguna duda de que así fue. En su mirada todavía quedaba algo de aquella vieja locura, de niño no lo distinguía, pero la luz de mis recuerdos me ha hecho comprenderlo. Apartando su mirada de mí, el abuelo me narraba su locura.

—Me pasaba las noches sin dormir, la buscaba a cada segundo en aquel mar, el mismo que se volvió mi peor enemigo, no me permitía ningún descanso. Yo no sé si alguna vez te ha pasado, pero en aquel tiempo, yo no hacía otra cosa que pensarla. Me creció la barba y me puse tan flaco como una tabla. Los que antes eran mis amigos me huían, no los culpo, creo que en el fondo tenían miedo de contagiarse de mi locura. Pero lo peor de todo fue que en ningún barco querían darme trabajo, ¿cómo podía verla de nuevo si no era en altamar? Mi padre, que era un hombre duro y juicioso, escuchó los rumores que corrían por el pueblo. Se comenzó a preocupar, porque yo era su único hijo y supongo que ningún padre desea que su muchacho acabe en algún manicomio. Como pudo, me alejé de aquel lugar. Yo era

joven y no podía contradecir los designios de mi padre, o eso me gustaba pensar. ¿Te confieso algo? En el fondo me sentí aliviado, sabía que no había posibilidad de verla de nuevo. Lo más seguro es que, si me quedaba junto al mar, la locura me llegaría hasta los huesos. Así que lo dejé todo —recuerdo que en este punto de la historia su sonrisa se volvía cálida y agregaba con un suspiro—. Unos cuantos años después conocí a tu abuela. Sin duda era la mujer más hermosa que mis ojos habían visto sobre esta tierra —y haciéndome un guiño cómplice, agregaba—: ¡no te imaginas lo bella que era! —soltaba una de aquellas carcajadas tuyas, para luego volver a ponerse serio—, pero escúchame muy bien, nunca, pero nunca puedes repetir estas palabras en presencia de tu abuela. Este es un secreto entre tú y yo.

Ahora tú también conoces el secreto. Yo sé que eres una pequeña muy discreta y no le contarás nada a nadie, al menos hasta que descubras a alguien que merezca saber esta verdad tan asombrosa. También sé que tú no conociste a mi abuelo. Cuando él murió, ni siquiera habías nacido, es más, por ese entonces no pasaba por mi cabeza la sola idea de que tú y yo estaríamos un día aquí. Me toca confesarte algo, cariño, ¡creo que heredaste su locura! A veces, cuando te veo, me parece reconocer ese brillo maniaco que lanzaban sus ojos. Te cuento esto, porque tú hubieras podido comprender mejor a mi abuelo; sólo espero que la locura no te alcance, eso, amor mío, me daría mucha pena. Pero anda, mejor ven y regálame un beso, que ya es hora de que vayas a la cama, si tus padres descubren que sigues despierta, nos van a matar.

Renata

Sentada frente a la puerta de la cocina, Renata observa a su abuela desmembrar el pollo, cortar las calabazas y pelar las zanahorias, *se debe de limpiar bien la sangre antes de meter al pollo en la olla*, le dice su abuela al tiempo que abre el grifo y revisa los muslos del ave muerta. Renata mira asqueada el proceso, porque odia comer caldo, sobre todo de pollo, pero está de visita en la casa de la abuela y no puede decir que no. Se siente enojada y aburrida.

Le da nostalgia mirar las grietas de la tierra por donde las hormigas van cayendo una a una, los árboles del desierto que no alcanza a comprender cómo es que se mantienen vivos y los perros flacos que vigilan incansables algún cambio en el horizonte. Como telarañas se van enredando los prejuicios en la cabeza de Renata, pero no dice nada, se queda impávida mirando los ríos de arena y la soledad reflejada en las ventanas de las casitas blancas de las que muy pocas veces sale alguien.

—¿Por qué vive aquí? —le pregunta a su abuela, sin voltear a mirarla.

—Porque aquí nací —le contesta la viejecita de cachetes rosados.

—¿Y nunca ha pensado en vivir en otra parte?

—No.

—¿Por qué? —pregunta Renata, con esa impaciencia propia de las personas acostumbradas al tráfico y la comida rápida.

—¿Para qué?, si aquí he vivido toda mi vida, no le veo el caso a salir.

—¿Y antes? Cuando era joven, ¿No se quiso ir?

—Tampoco.

—¿Y mi abuelo?, ¿él no se quiso ir alguna vez?

—No, a él le gusta vivir aquí, le gusta buscar oro en los ríos.

—Pero los ríos están secos.

—Antes llevaban mucha agua.

—Ahora sólo llevan piedras y tierra —concluye Renata con un suspiro, cansada de buscar respuestas.

Las dos se quedan calladas. Renata se muerde las uñas, porque no sabe qué hacer con su tiempo y la abuela se queda en su silla mirando el camino, como cada tarde. Renata calcula mentalmente la edad de su abuela, tratando de saber cuántas tardes ha pasado sentada en la misma silla, viendo los mismos árboles, siempre con las manos cruzadas y la mirada quieta. Renata la observa con detenimiento, parece haberse convertido en una estatua a fuerza de tanta calma. En cambio, a la niña el silencio la vuelve loca, le zumban los oídos, siente que de un momento a otro la cabeza le puede explotar.

A Renata, su abuela la desespera. El silencio la desespera, la soledad, el calor, el camino lleno de piedras, las plantas siempre sedientas, la desesperan las casas viejas y tristes, los cielos amarillos llenos de pájaros cansados de tanto volar en medio de la nada. Le desespera la quietud, los minutos que parecen eternos, el cansancio de estar siempre sentada sin hacer nada. Le desesperan los remolinos de tierra que le ensucian los cabellos y le nublan la vista, el sudor escurriendo de su frente, los labios siempre partidos, la ropa que se le pega a la piel. A Renata le irrita incluso respirar, porque el aire le llena los pulmones de fuego.

—¿Por qué todas las casas son blancas? —pregunta Renata para romper el silencio.

—Por la cal —contesta la abuela, sin voltear a verla siquiera. Tanta quietud le llena la mente de preguntas, y ella imagina que las ideas corren en su cabeza de un lado para otro, formando ráfagas de viento, pequeños tornados que la van destruyendo por dentro y lo peor es que nunca nadie le contesta como ella desearía.

Los días son todos iguales. Cuando Renata despierta, su abuelo ya no está en la casa, y su abuela, como siempre, se encuentra cocinando algo, quién sabe de dónde sale la comida, la niña nunca ha visto una tienda cerca. Mira cómo la abuela hace milagros en la estufa, calentando el agua para el café, eso es lo único bueno de estar de visita, la dejan tomar una taza cada día. Además, le gusta mirar cómo se inflan las tortillas en el comal. Se siente cansada, quisiera pasar dormida todo el día, pero no puede, porque hace mucho calor y, además, mamá le ha pedido que sea amable con la abuela, *solo estás de visita unos cuantos días, puedes hacer un esfuerzo*.

La puerta está abierta como siempre, y Renata se sobresalta con la visión de una sombra, no está acostumbrada a la presencia de su abuelo que se pasa el día trabajando, sabrá Dios en qué. El viejo le sonríe como pidiéndole disculpas, por haberla asustado, se quita el sombrero y cubre el suelo con un ramo de flores. El aroma fresco lo inunda todo, Renata inhala y exhala con júbilo, la casa de sus abuelos siempre huele a tierra, a seco, las flores la hacen sentirse contenta.

—¿Por qué tiene flores? —pregunta Renata, saltando de la cama y sin ponerse los zapatos.

—Para los muertos —le contesta el abuelo, al tiempo que se sienta a la mesa y pone el sombrero en la silla de al lado.

—¿Cuáles muertos?

—Mis muertos —contesta el abuelo, sin más explicaciones.

—Todavía no es dos —replica su abuela, sin dejar de vigilar las tortillas; y antes de que Renata pueda lanzar otra pregunta, su abuelo le gana la palabra.

—Tengo un presentimiento. Se me hace que ya no llego hasta allá, por eso mejor los visito de una buena vez.

Los viejos se quedan callados. Renata no comprende nada, pero sabe que no puede hacer más preguntas, la asusta la quietud del abuelo. Lo miraba preparar su café, menear la cuchara dentro de la taza, hasta que los granitos de azúcar quedan reducidos a nada. Se queda callada con el olor de las flores inundándole los pulmones y los pies descalzos acariciando el frío suelo.

Esa misma tarde, Renata observa cómo su abuelo se marcha con las flores, va al panteón a visitar a sus muertos, a los muertos que Renata nunca conoció y a los que jamás les podrá hacer preguntas. Una visita sorpresa antes de tiempo, pero como suele decir su abuela, los vivos presienten y los muertos lo saben todo.

Índice

I. Pájaros de bolsillo	13
II. El miedo es un tiburón	67
III. Cuentos sueltos	119



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2023

“Una tarde me di cuenta del milagro. Una hojita brotó de la tumba del abuelo. Un brote pequeñito, igual al que había nacido en la maceta de aguacate. Sonreí al descubrir que el agua de los ojos de la abuela había sido suficiente para germinar los huesos mi abuelo.”

Los cuentos que conforman Hueso de aguacate transmiten las emociones, pensamientos e inquietudes de niñas y niños que enfrentan por primera vez el duelo, el miedo, la culpa y el dolor.

Desde la ternura y la inocencia, Morayma Cervantes aborda con precisión y empatía dilemas existenciales como la muerte, la incertidumbre y la angustia que se experimentan en la infancia, a través de historias cotidianas, pero determinantes en la conformación de la identidad y el entendimiento de la realidad.

Además de ser una herramienta para el acompañamiento en momentos difíciles para niñas y niños, este libro nos invita a reflexionar sobre la importancia de escuchar a los más pequeños, y sobre todo, a reconectar con nuestras propias experiencias y temores infantiles, con una narrativa dulce, profunda y conciliadora, resultado del amor, talento, empatía y perseverancia de su autora.



Colección
Soltar las Amarras

www.pech.icm.gob.mx

